

**Audiolibro El Filo De La Navaja W**  
**Somerset Maugham Cap Tulo I**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Rosalie Pollard (Oviedo)** - - - - - Un hombre, Larry Darrel, mira atrás y no se ve a sí mismo. No está muerto, ha sobrevivido a la Gran Guerra y ya nada puede ser como antes. Necesita renacer y encontrarle sentido a su vida. Larry romperá su compromiso de boda y renunciará a su radiante porvenir en el mundo de las finanzas. París, la India y el Tíbet serán algunos de los escenarios en los cuáles buscará otro modo de enriquecerse: en sabiduría y en conocimientos, sumergiéndose en nuevas culturas y espiritualidades. Sin Darrel, la vida continúa en Chicago, en donde Isabel ha renunciado a esperarle y el crack del 29 amenaza fortunas y sueños de oro. Novela imprescindible de uno de los autores más leídos del siglo XX. Un viaje al interior de la condición humana, un testimonio extraordinario que el propio Somerset Maugham nos cuenta en primera persona sobre la búsqueda de la paz espiritual y la felicidad de vivir. William Somerset Maugham. El filo de la navaja. arthor 09.06.12 Título original: El filo de la navaja. William Somerset Maugham, 1944. Traducción: Fernando Calleja. Editor original: arthor (v1.0). Arduo hallarás pasar sobre el agudo filo de la navaja; Y penoso es, dicen los sabios, el camino de la salvación.

UNPANISHAD KATHARA. CAPÍTULO PRIMERO. 1. Nunca he dado principio a una novela con tanto recelo. Si la llamo novela es únicamente porque no sé qué otro nombre darle. Su valor anecdótico es escaso, y no acaba ni en muerte ni en boda. La muerte todo lo termina, y es, por lo tanto, adecuado final de cualquier narración; mas también concluye convenientemente lo que en bodas acaba, y yerran quienes, por alardear de avisados, hacen burla de aquellos desenlaces que la costumbre ha dado en llamar felices. Opina sanamente el vulgo que, sobre aquello que en desposorios termina, no es menester añadir más. Cuando mujer y varón, tras las vicisitudes que se deseen, terminan por unirse, cumplen una función biológica, y el interés que suscitaron es trasladado a la generación venidera. Mas yo dejo al lector en el aire. Este libro está compuesto con mis recuerdos de un hombre a quien traté íntimamente con largos intervalos, y poco sé de lo que pudo acontecerle durante ellos. Supongo que ejercitando mi imaginación podría rellenar esos huecos y lograr, de esa manera, mayor coherencia para mi narración; pero no deseo hacerlo. Quiero limitarme a dejar escrito aquello que verdaderamente llegó a mi noticia. Hace muchos años escribí una novela titulada *The moon and sixpence*. En ella me valí de un pintor famoso, Paul Gauguin, y haciendo uso del privilegio de los novelistas, inventé cierto número de incidentes para dar vida al personaje por mí creado, utilizando como punto de partida los escasos datos que del pintor francés me eran conocidos. En este libro no he tratado de hacer nada semejante. Para ahorrar molestias a gentes que viven aún, he dado a las personas que toman parte en mi narración nombres fingidos, y también me he preocupado para lograr que a nadie le sea dado reconocerlas. El hombre acerca de quien escribo no es famoso, y puede ocurrir que jamás llegue a serlo. Quizá cuando su vida acabe no deje de su paso por la tierra señales más profundas que las que un canto arrojado al río deja sobre la superficie del agua. Si así ocurre, si es que mi libro se lee, lo será por el intrínseco mérito que pueda tener. Pero también puede que el modo de vivir que para sí ha elegido y la extraña reciedumbre y dulzura de su carácter lleguen a ejercer poco a poco creciente influencia sobre los demás hombres, hasta que quizá muchos años después de su muerte comprendan que vivió en esta época un hombre muy notable. Llegada tal coyuntura, será evidente la identidad de mi héroe, y aquellos que deseen saber por lo menos algo acerca de los primeros años, acaso encuentren en mi libro lo que busquen. Yo creo que, dentro de sus limitaciones, que reconozco, mi obra podrá ser fuente de apreciable información para los biógrafos de mi amigo. No pretendo que las conversaciones que aquí dejo escritas sean trasunto fidelísimo de la realidad. No tomé apuntes de lo que escuché en tal o cual ocasión; tengo, empero, buena memoria para lo que importa, y aunque relate con palabras mías las citadas conversaciones, corresponden ajustadamente a lo que se dijo. Unas líneas más atrás he dicho que nada he inventado; quiero ahora rectificar mi aserto. Me he tomado la libertad, común a todos los historiadores desde los tiempos de Herodoto, de poner en labios de los personajes de mi

narración discursos que jamás les oí ni podría haber escuchado. He hecho esto por idénticos motivos que movieron a los historiadores a hacerlo: para dar vida y verosimilitud a las escenas que resultarían poco convincentes si me limitase a narrarlas. Me gusta que se lean mis obras, y me parece legítimo hacer cuanto en mi mano está para que mis libros resulten amenos. El lector inteligente podrá descubrir sin gran esfuerzo las distintas ocasiones en que he utilizado este recurso, y es muy dueño de rechazarlo. Otra causa por la cual me lanzo a esta aventura con aprensión es que las personas de quienes he de tratar son en su mayoría norteamericanas. Es cosa difícil conocer a la gente, y soy de opinión que no podemos llegar nunca a conocer a fondo más que a nuestros compatriotas. Pues es el caso que hombres y mujeres no son solamente ellos mismos, sino que además tienen algo de la comarca en que nacieron, de la casa urbana o de la rústica alquería donde aprendieron a andar, de los juegos con que de niños disfrutaron, de las consejas que les fueron narradas, de la comida que los alimentó, de los colegios en que estudiaron, de los deportes que practicaron, de las poesías que leyeron y del Dios en quien creyeron. Todas esas cosas juntas hicieron de ellos lo que son, y no es posible llegar a trabar íntimo conocimiento con ellos por referencias o de oídas, pues eso sólo lo logra quien las ha vivido. Únicamente puede conocerlas quien así es. Y como quiera que no podemos conocer a los hijos de un país extranjero más que a través de la observación, resulta difícil darles verosimilitud en las páginas de un libro. Hasta un observador tan sagaz y minucioso como Henry James, aunque vivió en Inglaterra cuarenta años, nunca acertó a crear un tipo inglés que lo fuera por completo. En cuanto a mí, excepto en algunas narraciones breves, jamás he ensayado escribir más que acerca de gentes inglesas, y si me he aventurado a hacer otra cosa en breves historias es porque en ellas puede el escritor tratar a sus criaturas con menos detalles. Basta dar al lector algunas indicaciones generales y dejar que corra de su cuenta el relleno de los huecos. Pudiera alguien preguntarme por qué si a Gauguin le transmuté en inglés, no he hecho otro tanto con los personajes de esta novela. La respuesta es sencilla: no podría. No serían mis personajes lo que son. Y no es que pretenda que sean americanos tal como los americanos lo entienden; son americanos vistos por ojos ingleses. No he procurado reproducir las peculiaridades de su habla. Los desagradables resultados que logran los escritores ingleses cuando tratan de hacer tal cosa son únicamente comparables con las desastrosas consecuencias que sufren los escritores americanos que pretenden poner en boca de sus personajes británicos el inglés tal como se habla en Inglaterra. La gran dificultad son los idiotismos. Henry James usa constantemente esas frases idiomáticas en sus narraciones inglesas, pero nunca consigue emplearlas exactamente como un inglés lo haría, y, así, en vez de alcanzar el efecto de naturalidad que persigue, a menudo resulta chocante para el lector inglés.

2. El año 1919 pasé por Chicago, camino de Oriente, y por motivos ajenos a esta narración hube de quedarme allí dos o tres semanas. Acababa de publicar una novela de éxito, y como esto me hiciera «notificable», fui sometido a varias entrevistas periodísticas tan pronto como llegué. A la mañana siguiente sonó mi teléfono. Contesté. —Soy Elliot Templeton. —¿Elliot? Creí que estabas en París. —Estoy pasando una temporada con mi hermana. Quisiéramos que vinieras a comer con nosotros hoy. —Encantado. Me dijo la dirección y la hora. Quince años hacía que era amigo de Templeton. En 1919 andaba por los cuarenta y tantos años de edad, y era un hombre alto, elegante, de facciones regulares, con espeso pelo, rizado y oscuro, canoso en la exacta medida necesaria para hacer aún más distinguida su apostura. Siempre se vistió admirablemente. La ropa interior y los detalles menudos de su atuendo los adquiría en casa de Charvet, pero trajes, zapatos y sombreros habían de ser londinenses. Tenía un piso en París, en la Rive Gauche, en la elegante Rue San Guillaume. Quienes no le hallaban simpático decían que era tratante en antigüedades y objetos artísticos, pero él rechazaba con vigor la acusación. Tenía gusto, era buen conocedor de tales asuntos, y no negaba que en tiempos lejanos, cuando hizo de París su residencia, algunos coleccionistas adinerados, deseosos de adquirir cuadros, encontraron de suma utilidad sus avisados consejos; y cuando gracias a sus relaciones sociales llegaba a su conocimiento que algún aristócrata arruinado, inglés o francés, se encontraba dispuesto a vender un cuadro de verdadero mérito, Elliot tenía mucho gusto en ponerle en contacto con los directores de Museos norteamericanos que le constaba andaban buscando un buen cuadro de tal o cual maestro. Eran muchas las familias francesas, y había algunas inglesas, cuyas circunstancias las forzaban a deshacerse de un Boule firmado, o de un escritorio construido personalmente por Chippendale, siempre que sin publicidad pudiera llevarse a cabo la cosa, y esto las llevaba a aceptar complacidas los consejos de un hombre de gran cultura y modales irreprochables, capaz de arreglar el asunto directamente. Era de suponer que Elliot salía ganancioso de estas operaciones, pero las buenas formas impedían aludir a esto. No faltaban maliciosos que aseguraban que cuanto contenía el piso de Elliot estaba en venta, y que luego de haber invitado a ciertos opulentos americanos a una comida excelente, acompañada de vinos venerables, solían desaparecer uno o dos de sus dibujos más caros, o acontecía que una cómoda de marquetería se veía remplazada por otra de laca. Si alguien le preguntaba sobre la desaparición de un mueble determinado, daba una plausible respuesta: que no satisfacía por completo su exigente gusto, y lo había cambiado por otro de calidad superior. A lo que añadía que resultaba aburrido estar

siempre contemplando las mismas cosas. —Nous autres les americains, nosotros, los americanos —decía—, somos partidarios de los cambios. Es, al mismo tiempo, nuestro flaco y nuestra fuerza. Algunas señoras americanas residentes en París, las cuales decían saber todo cuanto a él se refería, aseguraban que su familia era humilde, y que él podía vivir como lo hacía porque había sido listo. No podría decir yo la cuantía de su fortuna, pero su casero le cobraba un impresionante alquiler por el piso, y éste se veía amueblado con objetos de valor. Adornaban las paredes dibujos de las grandes firmas francesas: Watteau, Fragonard, Claude Lorraine y otros semejantes. Alfombras de Savonnerie y Anbusson exhibían su belleza sobre brillantes entarimados de rica madera; y en la sala había una sillera Luís XV en petit poiní, que bien hubiera podido pertenecer, como él aseguraba, a Madame de Pompadour. Sea como sea, tenía lo suficiente para vivir de la manera que él consideraba adecuada a un señor, sin precisión de ganar dinero alguno, y los métodos que en otros tiempos usara para hacerlo era asunto que, si se deseaba conservar su amistad, no debía sacarse a relucir. Así, aliviado de preocupaciones materiales, podía entregarse a la pasión que gobernaba su conducta, que no era sino la vida de sociedad. Sus relaciones comerciales con las más nobles pero desacomodadas familias de Francia e Inglaterra, le facilitaron ampliar notablemente el círculo de amistades que logró al llegar a Europa, aún joven, con cartas de presentación para gentes de pro. Su cuna le sirvió de recomendación a las señoras americanas con título europeo a quienes iban dirigidas las cartas, pues era su estirpe la de una vieja familia de Virginia, y su madre descendiente de uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia. Era de donosa apostura, alegre, consumado bailarín, pasable tirador, notable jugador de tenis y buen elemento en cualquier fiesta o sarao. Le adornaba una gentil generosidad, de la que era evidencia las abundantes flores y las costosas cajas de bombones que regalaba con frecuencia, y aunque no era muchas veces anfitrión, sus convites tenían picante originalidad. Aquellas damas adineradas hallaban encantadores sus convites en bohemios restaurantes del barrio italiano de Londres o en bistros del Quartier Latin. Siempre se le encontraba dispuesto a hacer un favor, y no había nada, por muy tedioso que fuera, que no hiciera con gusto por complacer a quien se lo pedía. Se esforzaba sin descanso, no ahorrándose ninguna molestia, en hacerse agradable a las señoras de cierta edad, y no hubo de transcurrir mucho tiempo para que se encontrara convertido en el ami de la maison, el favorito, en más de una casa de imponente grandeza. Su amabilidad no tenía límites; jamás le ofendió que le convidaran a última hora debido a que alguien fallara inesperadamente, y podía sentársele a la mesa junto a una vieja enfadada con absoluta certidumbre de que se mostraría con ella tan ameno y encantador como fuera capaz. En dos o tres años, tanto en Londres, donde pasaba anualmente la mitad de la temporada de apogeo social, y también el principio del otoño, cuando se dedicaba a una serie de visitas a mansiones rurales, como en París, donde se había establecido, llegó a conocer a todo el que un muchacho americano puede llegar a conocer. Las señoras a las que en un principio fue presentado pronto se asombraron al ver lo muy amplio que era el círculo de sus amistades, descubrimiento que les causó sentimientos encontrados. Por una parte, no podían más que celebrar que su joven protegido hubiera alcanzado tan notorio éxito; pero, por otra, experimentaron una ligera irritación al verle tan íntimamente tratado por personas con quienes ellas solamente habían logrado establecer relaciones superficiales. Es cierto que continuó mostrándose deferente y servicial con sus primitivas protectoras, pero no podían ellas reprimir la sospecha de que Elliott las había usado como meros escalones para su encumbramiento social, lo que las hizo temer que tenían que habérselas con un snob. Y Elliott, era en efecto, un colosal snob, desprovisto de toda dignidad. Sabía aguantar cualquier desprecio, hacer caso omiso de los más palmarios desaires y tragarse las más humillantes groserías con tal de obtener una invitación a determinada fiesta, o de ser presentado a cualquier viuda vieja de título resonante. No conocía el cansancio. Una vez que fijaba el ojo en su presa, la cazaba con la tenacidad de un botánico que acepta los riesgos anejos a inundaciones, terremotos, fiebres y canibales con tal de añadir a su colección una orquídea de especie inusitada. La guerra de 1914 le ofreció oportunidad para coronar sus esfuerzos. En cuanto estalló se alistó como voluntario en una ambulancia, y prestó servicios, primero en Flandes y más tarde en la Argonne. Retornó al cabo de un año con una cintilla roja en el ojal y logró ser incorporado a la Cruz Roja de París. Para entonces, su fortuna era ya considerable, lo que le permitió contribuir generosamente a las suscripciones filantrópicas patrocinadas por gentes de importancia. Siempre podía contarse con su gusto exquisito y con sus positivas dotes de organizador cuando se trataba de ayudar en cualquier función benéfica de alguna nota. Se hizo socio de dos de los clubs más elegantes de París. Ya era ce cher Elliott para las damas francesas de mayor alcurnia. Ya había logrado lo que se propuso. 3. Cuando conocí a Elliott, yo no era más que un autor en agraz, joven, sin importancia, y no me hizo el menor caso. Nunca olvidaba una cara, y cuando nos encontrábamos en uno u otro lugar, me saludaba cordialmente, aunque sin mostrar deseo alguno de estrechar nuestra amistad; y si le veía, por ejemplo, en la Ópera e iba él acompañado de alguna persona de categoría, no era raro que no advirtiera mi presencia. Pero ocurrió que mis obras teatrales alcanzaron un éxito notorio y sorprendente, e inmediatamente Elliott comenzó a demostrarme más marcada deferencia. Un día, durante una de sus estancias en

Londres, recibí una esquila suya convidándome a comer en el «Claridge». Los demás invitados no fueron en gran número ni muy notables, y concebí la sospecha de que me había convidado para probarme. Pero desde aquel día, como quiera que el éxito de mis obras me procuró gran acopio de nuevos amigos, comencé a verle con mayor frecuencia. Poco tiempo después pasé algunas semanas del otoño en París, y me encontré con Elliott en casa de un común amigo. Me preguntó que en dónde me hospedaba, y pasados un par de días recibí otra invitación suya, esta vez a comer en su casa; cuando llegué, me sorprendió observar la importancia de los demás comensales. Reí para mí, pues adiviné que Elliott, con su perfecto sentido de los valores sociales, juzgaba que en la sociedad inglesa, como autor que yo era, carecía de gran importancia, pero que en Francia, donde un escritor, por el hecho de serlo, es persona de relieve, la cosa resultaba distinta. Durante los años siguientes, llegamos a intimar cierto punto, sin que jamás fuésemos amigos verdaderos. Realmente, dudo que Elliott fuera capaz de auténtica amistad. Lo único que le interesaba de cualquier persona era su posición social. Cuando me encontraba yo en París, o él estaba en Londres, siguió invitándome a sus comidas siempre que precisaba de alguien para completar la mesa, o cuando tenía que convidar a algunos viajeros americanos. Sospecho que alguno de éstos eran antiguos clientes suyos, y otras gentes desconocidas con cartas de presentación para él. Éstos eran la cruz de su vida. Se veía obligado a obsequiarlos y atenderlos, pero le repugnaba la idea de presentarlos a sus aristocráticos amigos. La mejor manera de librarse de ellos era convidarlos a comer y a un teatro, pero con mucha frecuencia esto no resultaba tan sencillo cuando estaba comprometido con tres semanas de anticipación, y además, sospechaba que los portadores de las cartas no quedarían satisfechos de su atención. Por ser yo escritor, es decir, persona de escasa monta, no le importaba confiarme sus tribulaciones. —La gente de América es verdaderamente muy desconsiderada con sus cartas de presentación. No es que no me guste atender a las personas que me envían, pero, la verdad, no hay ningún motivo para imponérselas a mis amistades. Trataba de desagruarlos enviándoles grandes cestas de flores y enormes cajas de bombones, pero algunas veces no bastaba eso, y entonces con ingenuidad sorprendente, si se tiene en cuenta lo que acababa de decirme, me convidaba a alguna de las comidas que se veía forzado a organizar en honor de sus compatriotas. «Tienen muchas ganas de conocerte», me escribía para adularme. «Mrs Fulánez es una mujer de gran cultura y ha leído todas tus obras». Llegado el momento, Mrs Fulánez me decía lo mucho que había disfrutado con mi libro *Mr Perrill y Mr Trim*, y me felicitaba por mi comedia *El molusco*. El primero lo escribió Hugh Walpole, y la segunda era de Hubert Henry Davies. 4. Si he dado al lector la impresión de que Elliott era un ser despreciable, he cometido con él una grave injusticia. En primer lugar, era lo que los franceses llaman *serviáble*, palabra sin equivalente inglés que yo conozca. El diccionario nos dice que *serviáble* tiene el sentido de útil, complaciente y amable. Eso era exactamente Elliott. También le adornaba una auténtica generosidad, pues si en sus primeros tiempos distribuyó con profusión flores y dulces, indudablemente con ulteriores fines, no es menos cierto que continuó haciéndolo cuando ya no le era necesario. Hallaba placer en regalar cosas. Era hospitalario. Su cocinero era tan competente como el mejor de París, y podía uno contar al sentarse a su mesa con las más exquisitas y tempranas suculencias de cada estación. Sus vinos demostraban la sabia certeza de su juicio. Es verdad que elegía a sus invitados antes por su categoría social que por el grado de su compañía, pero siempre tenía la precaución de convidar también por lo menos a una o dos personas realmente simpáticas y decidoras, con lo que sus comidas rara vez carecían de un singular encanto. La gente se reía de él a espaldas suyas, y le tenía por despreciable snob, pero, no obstante, se apresuraban a aceptar sus invitaciones. Hablaba el francés con fluidez y corrección, y su acento era perfecto. Se había esforzado con gran tenacidad en adoptar la manera de hablar corriente en Inglaterra, y era menester un oído de gran finura para descubrir en su discurso, de tarde en tarde, un ligerísimo acento americano. Su conversación resultaba amena y ocurrente, con tal de que fuera posible alejarle del tema de duques y duquesas, pero hasta cuando de éstos hablaba, cuando ya su posición era inexpugnable, se permitía algunos donaires, sobre todo si estaba a solas con un amigo. Tenía una lengua agradablemente desenfadada, y no había escándalo que concerniera a sus egregios amigos que no llegara a oídos de él. Por él supe quién era el padre del más reciente vástago de la princesa de X y quién la amante del marqués de X. No creo que ni el mismo Marcel Proust conociera tan profundamente la vida íntima de la aristocracia como Elliott Templeton. Cuando me encontraba yo en París, solíamos comer juntos con frecuencia, unas veces en un restaurante, otras en su casa. Me gusta vagar en ciertas ocasiones por las tiendas de antigüedades, más bien para curiosear que para comprar nada, y Elliott siempre me acompañaba con gusto. No sólo era conocedor de cosas bellas, sino que les tenía profundo amor. Creo que conocía todas las tiendas de antigüedades de París y era amigo de sus respectivos propietarios. Gozaba intensamente regateando, y cuando salíamos me decía: —Si encuentras algo que te guste, no trates de comprarlo tú. Hazme una indicación y déjalo de mi cuenta. Si me encaprichaba yo con algo y se lo sacaba él al anticuario por la mitad del precio que pedía, su gozo era verdaderamente admirable. Verle regatear constituía un espectáculo delicioso. Discutía, rogaba, montaba en cólera, apelaba a los sentimientos del vendedor, le zahería, le

mostraba los defectos del objeto discutido, amenazaba con no volver a cruzar el umbral del establecimiento, suspiraba, se encogía de hombros, regañaba al hombre, se dirigía hacia la puerta ceñudo y airado, y cuando acababa por salirse con la suya, sacudía tristemente la cabeza como si aceptase su derrota con resignación. Hecho lo cual me susurraba en inglés: —Llévatelo. Sería barato por el doble. Elliott era celoso católico. No llevaba mucho tiempo en París cuando trabó conocimiento con cierto abbé, (abate), famoso por las muchas conversiones de infieles y herejes que había logrado. Era frecuente comensal en aristocráticas mansiones y persona de sutil ingenio. Elliott se sintió inevitablemente atraído por aquel hombre, quien, no obstante su humilde extracción, era bien recibido en muy nobles casas, y confió a una muy rica dama americana, recientemente convertida por el abbé, que aunque su familia siempre había profesado el credo episcopaliano, él hacía tiempo que sentía un gran interés por la Iglesia Católica. La señora invitó a Elliott a conocer durante una cena íntima al abbé, y éste hizo cumplida justicia a su fama de hombre agudo y discreto. La señora encarriló la conversación hacia temas religiosos, y el abbé habló con unción, mas sin pedantería, como un hombre de mundo, aunque consagrado, que charlase con otro hombre de mundo. Elliott se sintió agradablemente sorprendido al descubrir que el abbé le conocía de oídas, pero no con gran detalle. —La duquesa de Vendôme me habló de usted el otro día. Me dijo que le tiene a usted por hombre muy inteligente. Elliott se sonrojó de placer. Había sido presentado a Su Alteza Real, pero jamás se atrevió a suponer que la egregia dama volvería a pensar en él. El abbé habló de religión con tono y bondad; no era hombre de ideas estrechas, sino moderno en sus opiniones y comprensivo. Aludió a la Iglesia Católica con muy persuasivas y sentidas palabras, y la bondadosa piedad con que se refirió a los desgraciados que no pertenecen a ella tuvo el sorprendente efecto de hacer que Elliott comenzara a pensar en la Iglesia como en una especie de selecta sociedad a la que todo hombre bien nacido debe pertenecer. Seis meses más tarde fue admitido en su seno. Su conversión y la generosidad con que desde entonces contribuyó a las obras pías le abrieron varias puertas que hasta entonces no había podido franquear. Es posible que los motivos por los que abandonó la fe de sus padres fuesen interesados; pero no cabe dudar de la sinceridad de su devoción una vez dado el paso. Oía misa todos los domingos en una iglesia frecuentada por las mejores familias, se confesaba con regularidad y hacía periódicas visitas a Roma. Pasado el tiempo, su piedad fue premiada con un nombramiento de camarero papal, y la asiduidad con que desempeñó las obligaciones de su cargo le valió ingresar en la Orden del Santo Sepulcro, si la memoria no me falla. Su carrera como católico tuvo igual éxito que su carrera de homme du monde. Me he preguntado frecuentemente cuál pudiera ser la causa del snobismo de aquel hombre inteligente, bueno y culto, pues no era ningún advenedizo. Su padre fue rector de una de las universidades del Sur, y su abuelo teólogo de nada escasa nombradía. Elliott era demasiado inteligente para no advertir que muchos de los que aceptaban sus invitaciones lo hacían por comer de balde, y que entre ello había algunos necios y bastante indignos. El fulgor de sus sonoros títulos le cegaba. Únicamente me cabe suponer que el tratar con confianza a hombres de tan esclarecido linaje, y el servir a sus damas, le daba una sensación de triunfo que jamás llegó a hastiarle; y creo que una más remota explicación es el apasionado romanticismo que le llevaba a ver en cualquier desmedrado duque francés al cruzado que fue a Tierra Santa con san Luís, y en cualquier conde inglés, ruidoso y dado a la montería, al antepasado que acompañó a Enrique VIII al campo del Lienzo de Oro. Cuando se encontraba acompañado de tales personas, creía vivir en un pasado señor y galante. Creo que al volver las páginas del almanaque de Gotha, el corazón le latía más de prisa cuando, nombre tras nombre, evocaba recuerdos de guerras antiguas, asedios históricos, duelos famosos, intrigas diplomáticas y amores regios. Tal era, para mal o para bien, Elliott Templeton. 5. Estaba lavándome y cepillándome momentos antes de ponerme en camino para el almuerzo a que Elliott me había invitado, cuando me llamaron por teléfono para decirme que estaba abajo. Algo me sorprendió oírlo, pero tan pronto como estuve listo bajé a reunirme con él. —Me ha parecido mejor pasar a buscarte —me comunicó—. No sé si conoces la población. Por lo visto, compartía la opinión que he observado en algunos americanos residentes largos años en el extranjero, según la cual América es un lugar desconcertante, y hasta peligroso, en el que no es prudente dejar que un europeo encuentre su camino sin ayuda. —Es temprano todavía. Podemos ir andando parte del camino —me propuso. El aire era bastante frío, no se veía ni una nube en el cielo, y era agradable estirar las piernas. —Me ha parecido mejor decirte algo acerca de mi hermana antes de que la conozcas —me dijo Elliott según íbamos andando—. Ha pasado una o dos temporadas conmigo en París, pero creo que tú no estabas allí entonces. Seremos pocos a la mesa. Solamente mi hermana, su hija Isabel y Gregory Brabazón. —¿El decorador? —pregunté. —Sí. La casa de mi hermana es de una fealdad abominable y tanto Isabel como yo estamos empeñados en que la arregle. He sabido por casualidad que Gregory está en Chicago, y he conseguido que mi hermana le convide a comer. No es de muy buena familia, naturalmente, pero tiene un gusto exquisito. Fue él quien decoró el castillo de Raney para Mary Oliphant, y St. Clement Talbot para los St. Erths. La duquesa quedó encantada con él. En cuanto a la casa de Luisa, ya la verás cuando lleguemos. Es incomprensible para mí cómo le ha

sido posible habitarla todos estos años. Aunque, verdaderamente, tampoco entiendo cómo puede vivir en Chicago. Por lo que fue diciéndome, Mrs. Bradley era viuda y tenía dos hijos y una hija, pero los varones eran bastante mayores y estaban casados. Uno de ellos ocupaba un puesto oficial en las Filipinas, y el otro, diplomático como su padre, se encontraba a la sazón destinado en Buenos Aires. El marido de Mrs. Bradley había desempeñado puestos en varios lugares del mundo, y después de ser primer secretario en Roma durante algunos años, fue ascendido a ministro, y trasladado a una de las Repúblicas sudamericanas del Pacífico, y allí había fallecido. —Cuando murió, quise convencer a Luisa de que vendiera la casa de Chicago —continuó Elliott—, pero le tenía mucho cariño. Ha sido de la familia durante mucho tiempo. Los Bradley son una de las familias más antiguas de Illinois, adonde llegaron desde Virginia en 1839, habiendo comprado tierras como a sesenta millas al Norte de lo que hoy es Chicago, las cuales todavía conservan. —Elliott vaciló momentáneamente, y me miró como para comprobar el efecto de sus palabras—. El Bradley que se estableció aquí era lo que supongo tú llamarías un labrador. No estoy seguro de si lo sabes, pero a mediados del siglo pasado, cuando las comarcas centrales del Oeste comenzaron a ser colonizadas, buen número de virginianos, segundones de buenas familias, sintieron la tentación de lo desconocido y abandonaron sus hogares. El padre de mi cuñado, Chester Bradley, adivinó el gran porvenir de Chicago y entró de pasante en el bufete de unos abogados. Hay que reconocer que logró reunir lo bastante para dejar a su hijo en muy buena situación. El tono de Elliott, más que sus palabras, significaba que quizá no fuera una decisión demasiado elegante la del difunto Chester Bradley por haber abandonado su señorial mansión y sus vastas tierras para entrar en una oficina, pero el hecho de que lograra una fortuna constituía cierta compensación. No pudo Elliott ocultar su disgusto cuando, pasado el tiempo, Mrs. Bradley me enseñó algunas instantáneas de lo que él llamaba sus «propiedades» en el campo, en las que vi una modesta casa cuadrada con un bonito jardín, pero a un tiro de piedra del granero, la vaquería y la pocilga, y rodeada por un desolado y llano erial. No pude menos que juzgar discreto a Mr. Chester Bradley, que decidió abandonar todo aquello para intentar abrirse camino en la ciudad. Luego de andar un buen trecho, subimos a un taxi. Nos dejó delante de una casa de piedra parda, estrecha y bastante elevada, hasta cuya puerta llegamos subiendo unos altos escalones. Formaba parte de una hilera de casas en una bocacalle de Lake Shore Drive, y su aspecto, incluso en aquel brillante día de otoño, resultaba tan deslucido y triste que hube de preguntarme cómo era posible que alguien le profesara un amor sentimental. Nos abrió la puerta un mayordomo negro, alto, grueso y carnoso, el cual nos condujo a la sala. Cuando entramos, Mrs. Bradley se levantó de su silla, y Elliott me presentó. Debía de haber sido de muy buena presencia, pues sus facciones, aunque algo grandes, eran regulares, y tenía bonitos los ojos. Pero su cara descolorida y desprovista de todo afeitte, casi de manera violenta, carecía de tersura, y resultaba evidente que Mrs. Bradley había perdido la batalla contra los rigores de ciertas edades. Supuse que se negaba a reconocer o aceptar su derrota, pues cuando se sentó lo hizo quedando muy erguida en una silla de recto respaldo, en la cual indudablemente la tortura cruel de su acerado corsé le resultaba más llevadera que en una mullida butaca. Llevaba un vestido azul, profusamente ribeteado, y en el cuello se veían abundantes y rígidas ballenas. Tenía hermoso y blanco pelo, muy rizado con tenacillas y peinado de muy compleja madera. Su otro invitado aún no había aparecido, y estuvimos hablando de cosas sin importancia. —Me dice Elliot que ha venido usted por la ruta del Sur —me dijo Mrs. Bradley—. ¿Se ha detenido usted en Roma? —Sí; pasé allí una semana. — ¿Y cómo está mi querida reina Margarita? Respondí que lo ignoraba, algo sorprendido por la pregunta. —Pero ¿no fue usted a verla? Es una mujer encantadora. No sabe usted lo amable que estuvo con nosotros en Roma. Mi marido era primer secretario de la Embajada. ¿Por qué no fue usted a verla? Usted no es tan neo como Elliott, que no consiente en acercarse al Quirinal. —No, no. En absoluto. La verdad es que no conozco a la reina. — ¿No? —dijo Mrs. Bradley, como si apenas pudiera dar crédito a mis palabras—. ¿Por qué? —No puedo ocultar que los escritores no solemos, generalmente, alternar con reyes y reinas. —Pero si es una delicia de mujer —me aseguró Mrs. Bradley, como si el no conocer yo a la augusta dama se debiera a no considerarla bastante distinguida—. Estoy segura de que le gustaría a usted. En aquel instante, se abrió la puerta y el mayordomo anunció a Gregory Brabazon. Gregory Brabazon, a pesar de su nombre, no tenía aspecto de personaje de novela. Bajo, muy gordo, calvo como un huevo, excepto por algunos ensortijados pelos negros alrededor de las orejas y encima del cogote; de cara rubicunda y desnuda, que siempre parecía estar a punto de romper a sudar copiosamente, con ojos grises e inquietos, labios sensuales y marcado prognatismo: tal era Gregory Brabazon, inglés de nacimiento, a quien había visto en algunas fiestas bohemias de Londres. Era jovial, ruidoso y reía a menudo, mas no era necesaria gran intuición psicológica para comprender que toda aquella alborotadora jovialidad era solamente una pantalla detrás de la cual se escondía un astuto comerciante. Ya hacía años que era el decorador más famoso de Londres. Tenía un vocejón resonante y las manos pequeñas, gordezuelas y maravillosamente expresivas. Con sus ademanes elocuentes y un torrente impetuoso de frases sabía hacer vibrar la imaginación de los clientes remisos, hasta que dijérase imposible negarse a emplear sus



servicios, que él daba la impresión de ofrecer como si estuviera haciendo un señalado favor a quien los utilizaba. Volvió a entrar el mayordomo con una bandeja de cócteles. —No esperaremos a Isabel —dijo Mrs. Bradley al coger uno. — ¿Dónde está? —preguntó Elliott. —Ha ido a jugar al golf con Larry. Me dijo que quizá volviera tarde. Elliott se volvió hacia mí. —Larry es Lawrence Darrell, el novio de Isabel, parece ser. —No sabía que bebieras cócteles, Elliott —dije yo. —Y no los bebo —respondió severamente—; pero en este salvaje país de la Ley Seca, ¿qué va a hacer uno? —Suspiró—. Ya empiezan a servirlos en algunas casas de París. El contacto con gentes rudas corrompe las costumbres. — ¡Cuánta bobada dices! —comentó Mrs. Bradley. Dijo esto suavemente, pero con una seguridad que me hizo adivinar la energía de su carácter, y sospechar, al observar la mirada que lanzó a su hermano, regocijado, pero sagaz, que no se hacía grandes ilusiones acerca de él. Me pregunté qué opinión formaría de Brabazon. Había yo observado el rápido examen profesional que el decorador hizo del cuarto al entrar en él, y el involuntario arqueamiento de sus espesas cejas al hacerlo. Era, en verdad, una habitación asombrosa. El papel de las paredes, la cretona de las cortinas y de las butacas mostraban el mismo dibujo; en las paredes colgaban óleos con anchos marcos dorados, evidentemente comprados por los Bradley durante su estancia en Roma: vírgenes de la escuela de Rafael, vírgenes de la escuela de Guido Reni, paisajes de la escuela de Zuccarelli, ruinas de la escuela de Panini. También se veían abundantes muestras de su estancia en Pekín: mesitas de ébano talladas en demasía, vastos jarrones de esmalte tabicado, e indicios de su paso por Chile o Perú: estatuillas corpulentas, de piedra, y vasijas de cerámica. Había un escritorio Chippendale y una vitrina de marquetería. Las pantallas de las luces eran de seda blanca, sobre la cual un mal aconsejado artista había pintado pastores y pastoras vestidos como los de Watteau. Era atroz, y, sin embargo, no sé por qué, agradable. Tenía ambiente de hogar, de algo vivo, y no era posible sustraerse a la impresión de que aquel increíble revoltijo tenía un significado. Todos aquellos incongruos objetos entonaban entre sí, porque eran parte de la vida de su dueña. No habíamos hecho más que acabar los cócteles, cuando se abrió la puerta rápidamente y entró una muchacha seguida de un muchacho. — ¿Llegamos tarde? —dijo ella—. Me he traído a Larry. ¿Le podremos dar algo de comer? —Supongo que sí —respondió Mrs. Bradley sonriendo—. Dile a Eugéne que ponga otro cubierto. —Ya se lo he dicho cuando nos abrió la puerta. —Ésta es mi hija Isabel —dijo Mrs. Bradley dirigiéndose a mí—, y éste, Lawrence Darrell. Isabel me dio un rápido apretón de manos y se volvió impetuosamente hacia Brabazon. — ¿Es usted Mr. Brabazon? No sabe las ganas que tenía de conocerle. Es maravilloso lo que ha hecho usted en la casa de Clementina Dormer. ¿Verdad que este cuarto es espantoso? No sabe usted los años que llevo tratando de conseguir de mamá que lo arregle, y ahora que está usted en Chicago es la ocasión de hacerlo. Dígame honradamente: ¿qué le parece esta habitación? Evidentemente, eso era lo único que le ocurría decir al decorador. Miró rápidamente a Mrs. Bradley, pero nada le dijo su rostro impasible. Comprendió que quien allí contaba era Isabel, y soltó una ruidosa carcajada. —Verá usted, comprendo que está muy cómodo, y todas estas cosas. . .; pero, la verdad, si me lo pregunta usted así, a quemarropa, pues lo encuentro espantoso. Isabel era alta, tenía ovalada la cara, recta la nariz, hermosos los ojos, y la boca carnosa como el resto de la familia. Era bonita e inclinada a la opulencia, pero supuse que era cosa de su edad, y que se afinaría con los años. Sus manos eran fuertes y bien dibujadas, aunque también llenas, y las piernas, que asomaban por debajo de su falda, corta, también pecaban ligeramente de rollizas. Tenía la tez clara, y el color saludable, probablemente algo subrayado por el reciente paseo en automóvil abierto. Era vivaz, y su risa lozana. Daba gusto advertir su refulgente salud, su alegría jocunda, el evidente gozo que en vivir encontraba y la felicidad que de ella trascendía. Su suprema naturalidad hacía aparecer a Elliott, a pesar de su elegancia, algo cursi. Junto a su lozanía, Mrs. Bradley, con su cara pálida y surcada de arrugas, resultaba una mujer agotada y vieja. Bajamos al comedor. Brabazon parpadeó atónito cuando lo vio. Estaban las paredes cubiertas de un papel oscuro, que imitaba una rica tela, y de retratos al óleo de hombres y mujeres agrios y adustos, muy mal pintados, cuyos originales fueron los antepasados inmediatos del difunto Mr. Bradley. También él estaba allí, con un exuberante bigote, muy tieso dentro de su levita y de un alto cuello almidonado. Mrs. Bradley, interpretada por un pintor francés de finales de siglo, aparecía sobre la chimenea, con un vestido de noche, de seda azul pálido, un collar de perlas y una estrella de brillantes en el pelo. Tenía entre los dedos de una enjoyada mano una echarpe de encaje, tan cuidadosamente reproducida que era posible contar cada una de sus puntadas, y con la otra sostenía negligentemente un abanico de plumas de avestruz. Los muebles del comedor, de roble negro, eran abrumadores. — ¿Qué le parece? —le preguntó Isabel a Brabazon. —Debió de costar mucho dinero —respondió él. —Sí lo costó —dijo Mrs. Bradley—. Fue el regalo de boda que nos hizo mi suegro. Nos ha acompañado por todo el mundo: a Lisboa, Quito, Roma. La encantadora reina Margarita lo admiraba. — ¿Qué haría usted si fuera suyo? —preguntó Isabel a Brabazon; mas antes de que pudiera responder, lo hizo Elliott por él. —Quemararlo —dijo. Comenzaron los tres a discutir cómo arreglarían la habitación. Elliott era partidario del Luís XV, mientras que Isabel prefería una severa mesa de refectorio monacal y sillas italianas, Brabazon adujo que el Chippendale estaría más en

consonancia con la personalidad de Mrs. Bradley. —Yo siempre considero de suma importancia —dijo— la personalidad de cada uno. —Se volvió a Elliott —: Claro es que conocerá usted a la duquesa de Oliphant. — ¿A Mary? Es una de mis íntimas amigas. —Se empeñó en que me encargara de su comedor, y en cuanto la vi, me dije: estilo Jorge Segundo. —Y acertó usted. Ya vi cómo quedó, la última vez que cené en su casa. Es de un gusto irreprochable. Así continuó la conversación. Mrs. Bradley todo lo escuchaba, pero era difícil adivinar sus pensamientos. Yo hablé poco, y el novio de Isabel, Larry, de cuyo apellido ya no me acordaba, no despegó los labios. Estaba sentado al otro costado de la mesa, entre Brabazon y Elliott, y de vez en cuando le observé con interés. Parecía muy joven. Era aproximadamente tan alto como Elliott, algo menos de un metro ochenta y dos, delgado y suelto de miembros. Era un muchacho agradable, ni guapo ni feo, bastante retraído y en nada notable. Me interesó observar que, aunque no recordaba haberle oído arriba de una docena de palabras desde que llegó a la casa, parecía estar muy a sus anchas y como si tomara parte en la conversación sin despegar los labios. Me fijé en sus manos, largas pero no desproporcionadas, maravillosamente modeladas, pero al mismo tiempo poderosas, y se me ocurrió pensar que a más de un pintor le gustaría copiarlas. Era más bien flaco, pero nada tenía de enfermizo; antes bien, le hubiera yo juzgado recio y capaz de gran resistencia. Su rostro, grave en el reposo, estaba atezado, pero, fuera de eso, poco color se percibía en él, y sus facciones, aunque regulares, se inclinaban a la vulgaridad. Tenía los pómulos pronunciados, las sienes hundidas, y el pelo castaño y ligeramente ondulado. Sus ojos daban la impresión de ser mayores de lo que eran pues los tenía hundidos en las órbitas y rodeados de espesas y largas pestañas. Eran además poco corrientes, en nada semejantes a los ojos castaños que tanto Isabel como su madre y su tío tenían, sino tan oscuros que el iris fundía su color con el de la pupila, lo cual les daba una peculiar intensidad. Tenía una gracia natural que atraía, y pude comprender por qué Isabel se había enamorado de él. De vez en cuando, ella le miraba momentáneamente, y creí descubrir en su expresión, al hacerlo, no solamente amor, sino cariño. Cuando los ojos de ambos se encontraban, los de él reflejaban una ternura que resultaba admirable. No hay nada más conmovedor que el espectáculo de dos enamorados mozos, y yo, con la mitad de mi vida a la espalda, sentí envidia de ellos, pero al mismo tiempo me dieron lástima, sin que pudiera saber por qué. No tenía razón, porque según mis noticias, no había ningún impedimento para su felicidad; ambos parecían en buena posición y no existía ninguna causa para que no se casaran y fueran felices. Isabel, Elliott y Brabazon continuaban hablando del nuevo mobiliario, procurando sacar a Mrs. Bradley, por lo menos, la confesión de que era necesario hacer algo; pero Mrs. Bradley se limitaba a sonreír amablemente. —No tratéis de darme prisa. Quiero pensarlo. —Se volvió hacia el muchacho—: ¿A ti qué te parece, Larry? Larry miró alrededor de la mesa, con ojos sonrientes. —Yo no creo que tenga importancia ni lo uno ni lo otro. — ¡Traidor! —gritó Isabel—. ¡Con lo que te he insistido para que nos apoyaras! —Si tía Louisa es feliz con lo que tiene, ¿para qué cambiarlo? La opinión fue tan certera y sensata, que me hizo reír. Me miró y sonrió. —No hace falta que pongas esa cara de bobo por haber dicho una tontería —dijo Isabel. Mas esto únicamente hizo más marcada su sonrisa, y fue entonces cuando advertí que tenía los dientes menudos, muy blancos y muy iguales. Miró a Isabel, y ésta enrojeció y calló. O mucho me equivocaba, o la chica estaba locamente enamorada; pero no sé qué me dio la impresión de que su amor tenía algo de maternal, lo cual me pareció ligeramente inesperado en una muchacha tan joven. Miró a Brabazon con una dulce sonrisa en sus labios, y le dijo: —No le haga usted caso. Es bastante estúpido y está completamente desprovisto de cultura. No sabe nada de nada, como no sea de volar. — ¿De volar? —dije. —Fue aviador durante la guerra. —Creí que era demasiado joven para haber tomado parte en la guerra. —Y era muy joven. Su conducta fue lamentable. Se escapó de la Universidad y se fue al Canadá. A fuerza de mentiras les hizo creer que tenía dieciocho años, y se alistó en Aviación. Cuando se firmó el Armisticio estaba combatiendo en Francia. —Estás aburriendo a los convidados de tu madre, Isabel —dijo Larry. —Le he conocido toda mi vida, y cuando regresó estaba tan guapo con su uniforme y con todas aquellas cintitas en el pecho de su guerrera, que, por así decirlo, me senté a la puerta de su casa hasta que consintió en ponerse en relaciones conmigo para que le dejase en paz. ¡Pero tuve una de rivales...! — ¡Isabel, la verdad...! —dijo su madre. Larry se inclinó hacia mí. —Espero que no creerá usted ni una palabra de lo que está diciendo. Isabel no es mala chica, pero miente mucho. Habíamos terminado de comer, y Elliott y yo nos fuimos al poco rato. Le había dicho yo que pensaba ir al museo para ver unos cuadros, y se ofreció para acompañarme. No me gusta demasiado ir a los museos con nadie, pero no podía decirle que prefería ir solo, y acepté su compañía. Fuimos hablando de Isabel y Larry. —Resulta encantador ver a dos chiquillos tan enamorados. —Son demasiado jóvenes para casarse. — ¿Por qué? Es magnífico ser joven, estar enamorado y casarse. —No seas ridículo. Ella tiene diecinueve años y él acaba de cumplir los veinte. Larry no tiene ocupación. Disfruta de una renta insignificante, tres mil dólares al año, según me dice Louisa, y Louisa no es rica ni mucho menos. Necesita todo lo que tiene. —Bueno, pero Larry puede trabajar. —Ahí está la cosa, que no parece dispuesto a trabajar. Se encuentra muy a gusto sin hacer nada. —Probablemente, lo pasó mal en la guerra.

Quizá quiera descansar. —Ya lleva un año descansando. ¿No es bastante? —A mí me ha parecido un chico simpático. —Y yo no tengo nada contra él. Es de buena familia, y todo lo que quieras. Su padre era de Baltimore. Era profesor adjunto de lenguas romances en la Universidad de Yale, o algo así. Su madre era de Filadelfia, de una antigua familia cuáquera. —Hablas de ellos en pretérito. ¿Han muerto? —Sí; su madre murió de parto, y su padre, hará unos doce años. Le ha educado un antiguo amigo de su padre, que ejerce como médico en Marvin. Allí le conoció Isabel. —¿Dónde está Marvin? —Es el sitio donde tienen sus tierras los Bradley. Louisa pasa allí los veranos. Sintió pena del niño, pues el doctor Nelson es soltero y no sabe una palabra acerca de cómo se educa a un niño. Fue Louisa quien insistió para que le mandara al colegio de St. Paul, y desde entonces Larry ha pasado aquí todas sus vacaciones de Navidad. —Elliott se encogió de hombros—. Yo creo que debiera haber previsto lo que acabaría por pasar irremediamente. Llegamos al museo y dedicamos nuestra atención a los cuadros. Me impresionaron una vez más los profundos conocimientos y el excelente gusto de Elliott. Fue conduciéndome de sala en sala, como si fuera yo un grupo de turistas, y ningún catedrático de arte hubiera hablado de manera más instructiva que la suya. Me rendí a sus atenciones, no sin decidir volver al museo yo solo en otra ocasión. Pasado algún tiempo, Elliott miró el reloj. —Vámonos —dijo—. Nunca paso más de una hora en un museo. Es el máximo que nuestra apreciación puede durar. Terminaremos otro día. Le di las gracias cordialmente, y nos separamos. Yo me fui por mi camino, quizá más sabio que antes, pero irritado. Al despedirme de Mrs. Bradley, ésta me había dicho que al día siguiente Isabel iba a reunir a unos cuantos amigos de su edad para cenar, después de lo cual se irían a bailar, y que si yo iba, Elliott y yo podríamos charlar tranquilamente así que la gente joven se hubiera marchado. —Le hará usted un favor —me dijo—. Lleva tanto tiempo en el extranjero, que se encuentra algo desplazado aquí. No parece poder encontrar a nadie con quien tenga algo en común. Acepté, y antes de que Elliott y yo nos separáramos en la escalinata del museo, me dijo que se alegraba. —Me encuentro como perdido en esta ciudad inmensa —me dijo—. Le he prometido a Louisa pasar seis semanas con ella, pues no nos habíamos visto desde el año doce; pero créeme que estoy contando los días que me faltan para volver a París. Es el único sitio del mundo en que puede vivir una persona civilizada. ¿Sabes lo que piensan de mí aquí? Que soy un raro. ¡Qué salvajes! Me eché a reír y nos separamos. 6. A la noche siguiente, después de rehusar la oferta de Elliott, que quería pasar a recogerme, llegué sin novedad a casa de Mrs. Bradley. Me había detenido una visita, y llegué un poco tarde. Sentíase en la salita tan grande algazara cuando subía yo la escalera, que pensé se trataba de una cena muy concurrida, por lo que me sorprendió descubrir que sólo éramos doce en la mesa. Mrs. Bradley estaba casi fastuosa, con un traje de seda verde y una gargantilla de perlas pequeñas; y Elliott, con su bien cortado smoking, elegante como sólo él sabía serlo. Cuando nos dimos la mano, asaltaron mis narices todos «los perfumes de Arabia». Me presentaron a un hombre alto, recio, de cara rubicunda, que parecía no encontrarse a gusto con su ropa de etiqueta. Le llamaban doctor Nelson, pero no caía en la cuenta de quién era. El resto de los invitados eran amigos de Isabel, cuyos nombres fui olvidando tan aprisa como los escuché. Eran las muchachas jóvenes y bonitas, y los muchachos jóvenes y gallardos, pero ninguno me llamó la atención, excepto uno de los hombres, y éste tan sólo por su altura y corpulencia. Debía de medir más de un metro noventa o noventa y tres, y era de proporcionada anchura de espaldas. Isabel estaba sumamente bonita, con un traje blanco de seda cuya cumplida falda de volantes ocultaba las piernas, rollizas en demasía; el corte del corpiño dejaba ver que tenía bonito el busto; hallé los brazos algo sobrados de carne, pero el cuello lo tenía admirable. Estaba muy animada y le relucían los ojos. No cabía duda de que era una muchacha muy bonita y deseable, pero resultaba evidente que si no se cuidaba llegaría a desarrollar una afeadora corpulencia. En la mesa me encontré sentado entre Mrs. Bradley y una muchacha tímida e incolora, a la que juzgué más joven todavía que las demás. Cuando nos sentamos, la muchacha me explicó, para ahorrar molestias a Mrs. Bradley, que sus abuelos vivían en Marvin y que ella e Isabel habían sido compañeras de colegio. Su nombre, el único que llegué a oír, era Sophie. Eran abundantes las bromas en la mesa, todos hablaban recio y las risas eran continuas. Todos parecían tener gran confianza con los demás. Cuando no estaba ocupado en hablar con la señora de la casa, procuraba trabar conversación con mi vecina, pero sin lograr éxito notable. Parecía más tranquila que los demás. No era bonita, pero tenía interesante la cara, nariz pequeña y respingona, boca ancha y ojos de un azul verdoso. Su pelo era de un castaño pálido, y lo llevaba peinado con gran simplicidad. Era muy delgada, y tenía el pecho casi tan liso como un muchacho. Reía las bromas de los demás, pero de manera ligeramente forzada, lo que me hizo pensar si la divertirían tanto como procuraba aparentar. Creí adivinar que estaba esforzándose para mostrarse animada. No pude decidir si era algo tonta o excesivamente tímida, y después de ensayar con ella varios temas de conversación, sin que ninguno prosperara, como no encontrara nada mejor de que hablarle, le pedí que me explicara quiénes eran los que a la mesa se sentaban. —Al doctor Nelson ya le conoces —dijo, indicando al hombre de cierta edad que estaba sentado enfrente de mí, al otro lado de Mr. Bradley—. Es el tutor de Larry, y nuestro médico en Marvin. Tiene mucho

talento; inventa toda clase de cosas para aeroplanos, que nadie quiere usar, y cuando no está ocupado en eso se dedica a beber. Cierta brillo que advertí en sus ojos cuando me hablaba, me hizo sospechar que Sophie no era tan tonta como a primera vista pensé. Siguió diciéndome los nombres de la gente, explicándome quiénes eran sus padres, y si de un muchacho se trataba mencionaba la Universidad en que estudió y el trabajo que en la actualidad hacía. Sus prescripciones no eran demasiado reveladoras: «Es muy mona». O bien: «El es un jugador de golf magnífico». — ¿Y quién es ese muchacho, el de las cejas? — ¿Ése? Gray Maturin. Su padre tiene una casa inmensa en Marvin, junto al río. Es nuestro millonario, y estamos orgullosísimas de él. Nos da categoría. Es uno de los socios de «Maturin, Hobbes, Rayner y Smith», y uno de los hombres más ricos de Chicago. Gray es hijo único. Logró pronunciar los nombres con tan agradable ironía, que la miré interesado. Lo advirtió ella y se puso colorada. — Dime más cosas acerca de Maturin. — No hay nada que decir. Es muy rico, muy respetado, ha construido una iglesia nueva en Marvin y ha donado un millón de dólares a la Universidad de Chicago. — Su hijo es un real mozo. — Es muy simpático. A nadie se le ocurriría pensar que su abuelo fue un emigrante irlandés sin un céntimo, y su abuela, que era sueca, camarera de una casa de comidas. Gray Maturin era más bien llamativo que apuesto. Tenía aspecto de cosa mal acabada y ruda, con su nariz roma, su boca sensual y aquella tez de típica rubicundez irlandesa. Era hombre de abundante pelo, negro y muy lacio, bajo cuyas muy espesas cejas se veían los ojos, de claro color azul. Aunque de vasto tamaño, tenía bien proporcionado el cuerpo, y desnudo sería seguramente un magnífico ejemplar. Su gran fuerza era palmaria, y su virilidad impresionante. Larry, que se sentaba junto a él, aunque no sería de estatura inferior en más de unos ocho centímetros, parecía, por comparación, enteco. — Tiene admiradoras a montones — dijo mi tímida vecina—. Conozco a varias muchachas que serían capaces de cualquier cosa para pescarle. Pero es inútil. — ¿Por qué? — No sabes nada, ¿verdad? — ¿Cómo voy a saberlo? — Está tan enamorado de Isabel que no ve a derechas, pero Isabel está enamorada de Larry. — ¿Y qué le impide desbancar a Larry? — Que Larry es su mejor amigo. — Supongo que eso complica el asunto. — Si es uno tan buena persona y tan honrado como Gray... sí. No pude decidir si dijo esto en serio, o si en el tono de su voz hubo un ligero matiz de burla. No hablaba con desenfado, descaro o petulancia, pero me dio la impresión de que no le faltaba ingenio ni agudeza. Me pregunté en qué estaría pensando mientras hablaba conmigo, y comprendí que jamás lo sabría. Era patente que no se encontraba segura de sí misma, y concebí la hipótesis de que era hija única, y había vivido aislada en compañía de gentes más viejas que ella. Tenía una modestia, una insignificancia amable que hallé de mi gusto, pero si no me equivocaba al suponer que había vivido largo tiempo en soledad, también adiviné que había observado calladamente a las personas mayores que la rodeaban y formado muy concretas opiniones acerca de ellas. Quienes hemos alcanzado una edad madura sospechamos pocas veces los despiadados pero muy agudos juicios que los jóvenes forman de nosotros. Volví a mirar sus ojos, entre verdes y garzos. — ¿Cuántos años tienes? — pregunté. — Diecisiete. — ¿Lees mucho? — pregunté a la ventura. Antes de que pudiera responderme, Mrs. Bradley, cuidadosa de sus deberes, me dirigió unas palabras, y la cena terminó mientras aún hablaba con ella. La gente joven se fue sin más espera a dondequiera que tuvieran pensado, y los cuatro que quedamos subimos al cuarto de estar. Me sorprendió haber sido invitado, pues luego de una conversación breve y baladí comenzaron a hablar de un asunto que me extrañó no prefirieran discutir a solas. No pude decidir si sería lo más discreto levantarme y despedirme o si me encontraban útil como auditorio desinteresado y unipersonal. El asunto discutido era la extraña repugnancia de Larry por el trabajo, la cual había cobrado mayor importancia al ofrecerle Mr. Maturin, padre del muchacho que había cenado con nosotros, empleo en su negocio. Era una excelente oportunidad. Con industria y habilidad, Larry podría llegar a ganar, a su debido tiempo, dinero abundantísimo. Su amigo Gray le había instado con entusiasmo a que aceptara la oferta. No recuerdo todo lo que allí se dijo, pero tengo clara memoria de lo más importante. Cuando Larry volvió de Francia, el doctor Nelson, su tutor, le aconsejó que ingresara en la Universidad, pero el muchacho se había negado. Era natural que quisiera disfrutar durante algún tiempo de una sosegada holganza, pues lo había pasado mal y fue herido dos veces, aunque no de gravedad. Nelson pensó que Larry estaba sufriendo aún cierto desequilibrio nervioso, y le pareció bien que descansara hasta reponerse por completo. Mas fueron convirtiéndose en meses las semanas, y ya hacía un año que se había quitado el uniforme. Trascendió el conocimiento de su ejemplar conducta como aviador, de resultas de lo cual varios hombres de negocios de Chicago le brindaron trabajo. Él les dio las gracias y rechazó los ofrecimientos. No dio razón para ello, excepto que aún no había decidido lo que iba a hacer. Se puso en relaciones con Isabel, lo cual no sorprendió a la madre de ésta, pues habían sido inseparables durante varios años y no se le ocultaba que Isabel estaba enamorada de él. Mrs. Bradley quería al chico y juzgó que sabría hacer feliz a su hija. — Isabel tiene más carácter que él. Sabrá darle lo que le falta. Aunque ambos eran muy jóvenes, Mrs. Bradley se mostró dispuesta a consentir que se casaran sin tardanza, pero no antes de que Larry comenzara a trabajar. Tenía él algún dinero, pero aún teniendo diez veces más, Mrs. Bradley hubiera insistido en su exigencia. A juzgar por lo que oí, lo que ella y

Elliott querían era conocer por el doctor los propósitos de Larry. Deseaban también que Nelson empleara su influencia con el muchacho para que éste aceptara el puesto ofrecido por Mr. Maturin. —Ya sabéis que nunca me ha hecho mucho caso —dijo el tutor—. Incluso de muchacho hacía lo que se le antojaba. —Ya lo sé. Le dejaste crecer salvaje. Es un milagro que el chico no haya salido peor —dijo Mrs. Bradley. El doctor Nelson, que había estado bebiendo sin gran templanza, la miró hoscamente y aumentó ligeramente el color de su rostro. —Andaba yo demasiado ocupado. Y tuve que atender a mis propios asuntos. Si le tomé a mi cargo fue porque la criatura no tenía donde meterse, y su padre fue amigo mío. No creáis que fue sencillo educarle. —No sé cómo puedes decir eso —replicó Mrs. Bradley con acritud—. Tiene un carácter encantador. —¿Me quieres decir qué se puede hacer con un chico que jamás replica, pero hace exactamente lo que le da la gana, y que cuando monta uno en cólera pide perdón y deja que chilles? Si hubiera sido hijo mío le habría dado una paliza, pero no iba a pegar a un muchacho que no tenía un pariente en todo el mundo y cuyo padre le dejó a mi cargo por creer que yo le trataría con cariño. —Todo eso no tiene nada que ver —dijo Elliott algo irritado—. La cuestión es la siguiente: ya ha hecho el vago bastante tiempo; ahora se le ofrece una oportunidad excelente de labrarse un porvenir brillante y, si quiere casarse con Isabel, ha de trabajar. —Tiene que comprender —interpuso Mrs. Bradley— que en el estado actual del mundo los hombres no pueden estar ociosos. Está fuerte y completamente repuesto. Todos sabemos que después de nuestra guerra civil hubo muchos hombres que no volvieron a trabajar al ser licenciados. Y fueron una carga para sus familias e inútiles para la sociedad. Intervine yo entonces, diciendo: —Pero ¿qué razones da para rechazar las varias ofertas que le han hecho? —Ninguna. Que no le gustan. —Pero ¿no quiere hacer algo? —Por lo visto, no. El doctor se sirvió otro whisky, dio un largo sorbo y miró a sus amigos. —¿Queréis saber lo que pienso? Puede que yo no sea demasiado buen juez de la naturaleza humana, pero después de treinta años de médico algo he tenido que aprender sobre el asunto. A Larry le pasó algo en la guerra. Volvió cambiado. No es sólo que sea menos chiquillo. Algo le ocurrió que cambió su manera de ser. —¿Qué clase de cosa? —pregunté. —No sabría decirlo. Nunca habla de lo que le pasó en la guerra. —Se volvió hacia Mrs. Bradley y le preguntó: ¿Te ha dicho a ti algo? Mrs. Bradley sacudió la cabeza. —No. Cuando volvió todos tratamos de que nos contara sus aventuras, pero no hizo más que reír de esa manera suya y decirnos que no tenía nada que contar. Ni siquiera a Isabel le ha dicho nada, a pesar de que ella ha hecho todo lo posible; pero no ha conseguido sacarle una sola palabra del cuerpo. Prosiguió la conversación de tan poca satisfactoria manera hasta que el doctor miró su reloj y dijo que tenía que irse. Me dispuse a retirarme en su compañía, pero Elliott insistió en que me quedara. Así que el médico se hubo ido, se excusó Mrs. Bradley por molestarme con sus asuntos particulares, y me expresó su temor de que la conversación me hubiera aburrido. —Es que todo ello me tiene muy preocupada —terminó diciendo. —Maugham es un hombre discreto, Louisa, y no tienes por qué tener miedo de decirle cualquier cosa. Yo no creo que Bob Nelson y Larry se profesen un gran cariño, pero, sin embargo, hay algunas cosas que ni a Louisa ni a mí nos ha parecido oportuno decirle. —Elliott... —Mira, Louisa, le has dicho ya tanto, que igual puedes contárselo todo. ¿Te has fijado durante la cena en Gray Maturin? —Es tan corpulento que no hubiera podido evitarlo. —Siempre ha andado detrás de Isabel. Mientras Larry estuvo ausente, tuvo una infinidad de atenciones con ella, y si la guerra hubiese durado algo más, bien pudieran haber terminado por casarse, pues a Isabel le gusta. El chico llegó a declararse y ella ni le dijo que sí ni que no. Louisa dice que no quiso decidirse hasta que Larry volviera. —¿Cómo no fue él a la guerra? —pregunté con curiosidad. —Tiene una pequeña lesión cardíaca, de jugar al rugby. No es nada serio, pero le dieron por inútil para el Ejército. Volvió Larry y se acabaron sus esperanzas. Isabel le dijo que no. No supe qué comentario se esperaba de mí, y no hice ninguno. Elliott continuó hablando. Con su distinguido aspecto, y con su refinado acento inglés, no podía parecerse más a un alto funcionario del Ministerio británico de Relaciones Exteriores. —Claro es que Larry es un buen muchacho, y demostró coraje al escapar para alistarse voluntariamente en Aviación, pero yo me doy buena maña para juzgar a las personas... —Esbozó una significativa sonrisa e hizo entonces la única referencia que jamás le oí al hecho de haber ganado una fortuna negociando con obras de arte: De lo contrario, no tendría ahora una interesante cantidad de valores de toda confianza. Y mi opinión es que Larry no llegará lejos. Apenas puede decirse que tenga dinero o que sea de buena familia. Gray es muy distinto. Tiene un apellido irlandés muy antiguo y ha habido en su familia un obispo y varios militares y académicos de nombre. —¿Cómo lo sabes? —pregunté. —Esas cosas se saben —respondió sin dar importancia a su respuesta—. El otro día estaba hojeando el Diccionario Nacional Biográfico en el club y me encontré con el apellido Maturin. Consideré que no era asunto mío repetir lo que durante la cena me había dicho mi vecina de mesa acerca del pobretón emigrante irlandés y la camarera sueca, abuelos de Gray. Prosiguió Elliott. —A Henry Maturin todos le conocemos hace años. Es un hombre magnífico y riquísimo. Gray heredará la mejor agencia de Bolsa de Chicago. Tiene el mundo a sus pies. Quiere casarse con Isabel, y no puede negarse que para ella sería una boda muy buena. Yo soy partidario de que se casen, y sé que Louisa también. —Mira, Elliott —dijo Mrs.

Bradley con una adusta sonrisa—, tú llevas tanto tiempo fuera de América que se te ha olvidado que aquí las muchachas no se casan porque a sus madres y a sus tíos les parezca oportuno. —Pues no es eso para enorgullecerse —dijo Elliott con voz tajante—. Una experiencia de treinta años me autoriza a decirte que un matrimonio concertado teniendo en cuenta la posición, la fortuna y la comunidad de las circunstancias es mejor, en todos conceptos, que un matrimonio por amor. En Francia, que al final de cuentas es el único país civilizado del mundo, Isabel se casaría con Gray sin pensarlo dos veces; pasados un año o dos, se convertiría en amante de Larry, si de ello tenía ganas. Gray pondría un lujoso piso a una actriz conocida, y todos serían felices. Mrs. Bradley, que no tenía un pelo de tonta, miró a su hermano con manifiesta sorna. —La objeción que se me ocurre a todo eso es que como las compañías de Nueva York vienen a Chicago durante temporadas muy cortas, Gray no podría conservar a la inquilina de su lujoso piso más que un espacio de tiempo de duración extremadamente incierta. ¿No crees que eso sería causa de desasosiegos para todos? Elliott sonrió. —Gray podría comprar un nombramiento de agente de Bolsa en Nueva York. Después de todo, si uno se empeña en vivir en América, no comprendo que tenga ningún sentido residir en otro sitio que no sea Nueva York. Me despedí al poco rato, pero antes de que me fuera, Elliott, no comprendo por qué, me preguntó si quería almorzar al día siguiente con él, para presentarme a los dos Maturin, padre e hijo. —Henry es un prototipo del hombre de negocios honrado americano —me dijo—, y creo que debes conocerle. Ya hace años que se cuida de nuestros intereses. No tenía yo particular deseo de hacer tal cosa, pero tampoco motivo para negarme, y le respondí que aceptaba con gusto. 7. Me habían admitido socio transeúnte, por el tiempo que durara mi estancia, en un club que tenía una buena biblioteca, y a la mañana siguiente fui allí para ver algunas de las revistas universitarias que no son fáciles de conseguir por quien no está suscrito a ellas. Era temprano y únicamente había allí otra persona. Estaba sentada en un vasto butacón de cuero, absorta en un libro. Me sorprendió ver que era Larry. Era la última persona que hubiera yo imaginado descubrir en tal lugar. Cuando pasé junto a él, alzó la vista, me reconoció e hizo ademán de levantarse. —No te muevas —le dije, y luego añadí casi automáticamente—: ¿Qué lees? —Un libro —respondió con una sonrisa, pero con una sonrisa tan encantadora que el evasivo desaire no resultó ofensivo en absoluto. Cerró el libro y se quedó mirándome con sus ojos de peculiar opacidad, sujetándolo de tal manera que no pude leer su título. —¿Lo pasaste bien anoche? —pregunté. —Maravillosamente. No volví a casa hasta las cinco. —Buena resistencia tienes, para estar aquí tan despierto y tan temprano. —Vengo mucho por aquí. A estas horas no suele haber nadie. —No te molestaré. —No me molestas —dijo, volviendo a sonreír, y pensé entonces que su sonrisa era de peregrina dulzura. No era una sonrisa brillante y refulgente, sino que iluminaba su rostro con una interna luz. Estaba sentado en un entrante formado por las librerías y había una butaca vacía junto a él. Puso una mano sobre el brazo de ésta—: ¿No quieres sentarte un minuto? —Bueno. Me alargó el libro que tenía en la mano. —Estaba leyendo esto. Lo miré y vi que era Principios de psicología, por William James. Es, indudablemente, una obra clásica e importante en la historia de la ciencia de su tema; es, además, profundamente interesante; pero no es un libro que pudiera yo haber esperado encontrar en manos de un muchacho, de un aviador, que había estado bailando hasta las cinco de la madrugada. —¿Por qué estás leyendo esto? —Le pregunté. — Porque soy muy ignorante. —También eres muy joven —dijo, sonriendo. No habló durante largo rato; comenzaba yo a encontrar embarazoso su silencio, y me disponía a levantarme para buscar las revistas que vine a leer. Pero tenía la sensación de que Larry quería decirme algo. Estaba con la mirada perdida, era grave e intensa su expresión, parecía meditar. Esperé. Sentía curiosidad por saber el significado de todo aquello. Cuando comenzó a hablar lo hizo como si estuviera continuando la conversación sin darse cuenta de la gran pausa en ella habida. —Cuando regresé de Francia todos se empeñaron en que volviera a la Universidad. No pude. Comprendí que después de todo lo que había pasado no podría volver a la escuela. En el colegio no aprendí nada. Me di cuenta de que me sería imposible adoptar la vida de un novato de universidad. No les hubiera sido simpático a mis compañeros. No quise fingir lo que no sentía. Y no creí que los profesores fueran capaces de enseñarme lo que yo quería saber. —Claro está que no es asunto mío —repliqué—, pero no estoy muy seguro de que hicieras bien. Creo entender lo que quieres decir, y comprendo que después de dos años de guerra hubiera sido desagradable convertirse en una especie de colegial de lujo, pues eso es el estudiante universitario durante los dos primeros años. No puedo creer que hubieras sido antipático a tus compañeros. No sé gran cosa acerca de las Universidades americanas, pero supongo que los estudiantes americanos no serán muy diferentes de los ingleses; quizás algo más ruidosos y algo más inclinados a bromas violentas, pero en general chicos decentes, sensatos, y creo que si uno no quiere hacer su vida no se opondrán, si se tiene un poco de tacto, a dejarle en paz. No estudié en Cambridge, como mis hermanos. Pude hacerlo, pero no quise. Preferí salir al mundo. Siempre lo he lamentado. Creo que me podría haber ahorrado muchos errores. Se aprende mucho más rápidamente bajo la dirección de profesores experimentados. Si no se tiene un guía se malgasta mucho tiempo errando el camino, para encontrarse luego en un callejón sin salida. —Quizá tengas razón;

pero no me importa si me equivoco. Tal vez en uno de esos callejones sin salida encuentre algo que venga bien a mi propósito. — ¿Cuál es tu propósito? — Ésa es la cosa. No estoy muy seguro aún. Callé, pues no parecía que hubiera nada que contestar. Yo, que desde edad muy temprana siempre he vivido de acuerdo con un plan concreto de finalidades minuciosamente especificadas, no podía escuchar tal confesión sin sentir cierta irritación; mas la dominé. La dominé porque tenía lo que no acierto a llamar más que una intuición de que en el alma de aquel muchacho bullía una turbulenta confusión, no sabía yo si de ideas no maduras o de emociones vagamente percibidas, que le llenaban de una inquietud, la cual le acuciaba hacia una meta desconocida. El chico provocaba en mí una simpatía tan profunda como difícil de entender. Hasta aquel momento no le había oído hablar sino muy brevemente, y esto explica que no hubiera advertido la sonora música de su voz. Era persuasiva; era como un bálsamo. Cuando percibí este detalle y consideré su encantadora sonrisa y la impresionante expresión de sus ojos profundamente negros, comprendí sin dificultad que Isabel se hubiese enamorado de él. Algo tenía, sin duda alguna, que le hacía verdaderamente encantador. Volvió entonces la cabeza, y mirándome sin embarazo, con una expresión que era a la par escrutadora y de amable desenfado, me dijo: — ¿Acierto al suponer que cuando ayer nos fuimos al baile os quedasteis hablando de mí? — Durante algún tiempo, sí. — Supuse que por eso insistieron tanto para que tío Bob fuera a cenar. Le molesta bastante salir de casa. — Parece ser que te han ofrecido un puesto excelente. — Un puesto envidiable. — ¿Lo vas a aceptar? — Creo que no. — ¿Por qué? — Porque no me apetece. Estaba mezclándome en algo que no me incumbía, pero tuve la impresión de que por ser yo un extranjero, procedente de un país lejano, Larry no tenía inconveniente en discutir conmigo de aquel asunto. — Ya sabrás — le dije sonriendo — que cuando una persona no sirve para ninguna otra cosa se dedica a escritor. — No tengo talento. — Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer? — Holgazanear. Tuve que reírme. — No se me hubiera ocurrido pensar que Chicago fuera buen lugar, entre todos los del mundo, para hacer eso. Pero te dejaré que sigas leyendo. Quiero echar un vistazo a la revista trimestral de Yale. Me levanté. Cuando salí de la sala de lectura, Larry continuaba embebido en la obra de William James. Comí a solas en el club, y como en la sala de lectura reina una deseable paz, allá volví para fumar un cigarro y pasar un par de horas leyendo y escribiendo unas cartas. Me sorprendió encontrar a Larry absorto todavía en su lectura. No parecía haberse movido desde que me separé de él. Allí permaneció cuando me fui, a las cuatro de la tarde. Ni me vio entrar, ni advirtió mi salida. Tuve que hacer varias cosas aquella tarde, y no regresé al Blackstone hasta que ya fue hora de cambiarme de ropa para asistir a una cena. Cuando me dirigía al hotel, se apoderó de mí una picante curiosidad. Entré de nuevo en el club y miré en la sala de lectura. Había bastantes socios en ella, leyendo los periódicos y otras cosas. Larry continuaba en su butaca, concentrado en el mismo libro. ¡Qué extraño! 8. Al día siguiente, Elliott me invitó a comer en el «Palmer House» con los dos Maturin, padre e hijo. No hubo más convidados. Henry Maturin era un hombre grande, casi tan alto como su hijo, con una cara roja y carnosa, de pronunciado prognatismo, y tenía la misma nariz agresiva y roma, pero sus ojos eran más pequeños que los de su hijo, menos azules y de una sagacidad extraordinaria. Aunque no debía de tener más de cincuenta años, parecía diez años más viejo, y el pelo, que comenzaba a escasearle, era de absoluta blancura. Tenía aspecto de haberse dado durante demasiados años una vida excesivamente regalada, y la impresión que me produjo fue la de un hombre brutal, listo, que, por lo menos en cuestiones de negocios, no conocería la piedad. Al principio habló poco, y me pareció que estaba tratando de formar juicio acerca de mí. No pude dejar de percibir que consideraba a Elliott como un ser cómico. Gray, amable y cortés, apenas abrió los labios, y la comida hubiera resultado embarazosa de no haber salvado la situación Elliott, con su exquisito tacto y mundana sabiduría, que le permitieron conservar agradablemente viva la conversación. Adiviné que en otros tiempos había adquirido no escasa habilidad para tratar con hombres de negocios del Oeste Central, a quienes era preciso convencer con dulces argucias de que pagaran el subido precio de algún cuadro antiguo. Pasado algún tiempo, Maturin empezó a dar muestras de encontrarse más a gusto, e hizo algunos comentarios que me demostraron que era bastante más ingenioso de lo que parecía y que tenía un sentido de lo cómico espontáneo y agradable. Estábamos hablando de acciones y papeles de negocios. Me hubiera sorprendido la extremada competencia con que Elliott habló del asunto, si no hiciera ya mucho tiempo que estaba yo convencido de que Elliott no tenía un pelo de tonto en cuestiones financieras, a pesar de todas sus cosas. Fue entonces cuando dijo Mr. Maturin: — Esta mañana he tenido carta del amigo de Gray. Larry Darrell. — No me habías dicho nada — dijo Gray. — Usted conoce a Larry, ¿verdad? — me preguntó —. Gray me ha convencido de que le ofrezca trabajo, porque son grandes amigos. Gray le admira mucho. — ¿Qué dice la carta, papá? — Me da las gracias. Dice que comprende la magnífica oportunidad que mi oferta supone para un muchacho de su edad, pero que ha considerado muy detenidamente el asunto, y que ha llegado a la conclusión de que no me serviría, por lo cual ha creído mejor rehusar la oferta. — Pues es una enorme tontería — dijo Elliott. — Lo es — dijo Mr. Maturin. — ¡Cómo lo siento! — dijo Gray —. Me hubiera encantado trabajar juntos. — Puede llevarse la mula al abrevadero, mas no obligarla a beber.

Mientras decía esto, Mr. Maturin miró a su hijo, y sus sagaces ojos expresaron gran dulzura. Comprendí que tenía otra faceta el carácter de aquel enérgico hombre de negocios: adoraba a aquel inmenso hijo suyo. Se volvió hacia mí. — ¿Querrá usted creer que este muchacho hizo el domingo pasado el recorrido completo de nuestro campo en dos golpes por debajo de par? Me ganó por siete y seis. Le hubiera podido descalabrar con mi niblick. ¡Y pensar que fui yo quien le enseñó a jugar al golf! El hombre rebotaba de orgullo. Empezó a serme simpático. —Tuve mucha suerte, papá. — ¡Qué suerte ni qué nada! ¿Es suerte salir de un bunker y colocar la pelota a seis pulgadas del agujero? Fue un golpe de treinta y cinco yardas, le advierto a usted. El año que viene quiero que se inscriba en el campeonato de amateurs. —Pero no tendré tiempo. — ¿No soy yo tu patrón? — ¡Ya lo creo! ¡Y hay que ver la que me armas si llego un minuto tarde a la oficina! Mr. Maturin rió complacido. —Ahora va a resultar que soy un tirano —me dijo—. No le crea usted una palabra. Todos mis asuntos los llevo yo personalmente, pues mis socios son unas inutilidades, y estoy orgulloso de mi negocio. He hecho empezar a este chico por abajo, y espero de él que vaya ascendiendo por sus méritos, como cualquier otro empleado, para que, cuando le llegue la hora de ocupar mi lugar, esté preparado para ello. Mi negocio supone una grave responsabilidad. Llevo más de treinta años administrando los intereses bursátiles de algunos de mis clientes, y confían en mí. Y si quiere que le diga la verdad, prefiero perder mi propio dinero a verlos perder el suyo. Gray se echó a reír. —El otro día vino una pobre señora que quería invertir mil dólares en un negocio fantástico por recomendación de su pastor, y papá se negó a aceptar la orden; cuando la vieja insistió, papá le echó tal regañina que la pobrecilla se fue sollozando. Y entonces llamó por teléfono al consejero y le echó otra bronca. —La gente dice muchas cosas desagradables acerca de nosotros, los corredores de Bolsa, pero hay corredores y corredores. Yo no quiero que mis clientes pierdan dinero; lo que me interesa es que lo ganen, pero si juzgamos por las cosas que hacen, parece que la única finalidad que persiguen en esta vida es tirar todo lo que tienen. — ¿Qué te ha parecido? —me preguntó Elliott, según íbamos andando, después que los dos Maturin se despidieron para volver a la oficina. —Siempre me ha gustado conocer gente nueva. El cariño que se tienen el padre y el hijo es francamente emocionante. No es eso nada corriente en Inglaterra. —Está chillado con su hijo. Es una mezcla rara. Lo que te ha dicho de sus clientes es verdad. Administra los ahorros de centenares de viejas, militares y empleados retirados y curas. Yo diría que le proporcionan más quebraderos de cabeza que beneficios, pero él está orgulloso a más no poder de la confianza que en él tienen. Sin embargo, cuando se mete en un asunto de importancia y tiene que luchar contra gente de dinero, no hay quien le gane en frialdad y dureza. Entonces no sabe lo que es la piedad. Si tiene derecho a su libra de carne, como Shylock, no hay quien le haga renunciar a ella. Si te pones en contra suya, no sólo te arruinará, sino que encima se reirá de ti. Así que llegó a su casa, Elliott le dijo a su hermana que Larry había rechazado la oferta de Maturin: Isabel había comido en casa de unas amigas, y llegó cuando aún estaban hablando del asunto. Le explicaron lo ocurrido. Por lo que Elliott me relató del curso que tomó la conversación, comprendí que mi amigo se había expresado con elocuencia considerable. Aunque no había él trabajado en absoluto durante los últimos diez años, y a pesar de que la forma en que acumuló su envidiable fortuna no le supuso nunca agotadores esfuerzos, Elliott sostenía firmemente que el hombre normal tiene obligación de ser industrioso. Larry era un chico completamente corriente, sin gran posición social, y no existía ninguna razón plausible para que no aceptara la estimable norma establecida en su país. Resultaba a todas luces palmario para persona tan avisada como Elliott, que América se hallaba en el comienzo de una era de prosperidad, pingüe cual ninguna anterior. Se le ofrecía una oportunidad admirable a Larry para aprovecharse de esa prosperidad, y podría ocurrir que si se aplicaba con tesón a su trabajo llegara a millonario antes de cumplir los cuarenta años. Si entonces quería retirarse para vivir como un señor, por ejemplo, en París, con un piso en la Avenue du Bois y un castillo en Turena, no sería Elliott quien dijera una palabra contra ello. Louisa Bradley expresó su opinión de modo más sucinto e incontestable. —Si te quiere, debiera estar dispuesto a trabajar por ti. No sé lo que a esto respondió Isabel, pero sí me consta que tuvo el sentido común de comprender que sus mayores tenían razón. Todos los muchachos que conocía estaban estudiando alguna carrera o trabajaban en una oficina. No podía Larry suponer que le fuera posible vivir el resto de sus días del recuerdo dejado por su brillante historial de aviador. La guerra había acabado, y la gente, harta de ella, no deseaba más que olvidarla lo antes posible. El resultado de la conversación fue que Isabel se mostró dispuesta a hablar seriamente con Larry para tomar una determinación. Su madre le aconsejó que le llevara dando un paseo hasta Marvin. Iba a poner cortinas nuevas en el cuarto de estar de la casa de campo y había extraviado las medidas de las ventanas, por lo que quería que Isabel fuera allí a tomarlas de nuevo. —Bob Nelson os dará de comer —dijo. —Tengo una idea mejor —dijo Elliott—. Prepárale una merienda, y podrán hablar del asunto mientras comen en la terraza. —No estaría mal —dijo Isabel. —Hay pocas cosas más agradables que una merienda en el campo, si no falta la comodidad —añadió Elliott sentenciosamente—. La anciana duquesa d'Uzés solía decirme que el hombre más recalcitrante se muestra propicio a la persuasión en esas condiciones. ¿Qué les vas a poner de comida? —Huevos



rellenos y un emparedado de pollo. — ¡Bah! No hay merienda posible sin pâté de foie-gras. Tienes que ponerles, en primer lugar, las quisquillas adobadas con curry; luego pechugas de pollo al aspic, con ensalada de cogollos de lechuga, que aliñaré yo personalmente, y después del pâté, si quieres, y como concesión a tus costumbres americanas, una tarta de manzana. —Les pondré huevos rellenos y emparedados de pollo —dijo Mrs. Bradley con decisión. —Pues fracasará el plan, escucha lo que te digo, y tú tendrás la culpa. —Larry come muy poco, tío Elliott —dijo Isabella—, y, la verdad, creo que no se fija en lo que le dan. —Espero, hija mía, que no dirás eso en son de alabanza —replicó su tío. Pero la merienda estuvo compuesta de las viandas que Mrs. Bradley había anunciado. Cuando Elliott me comunicó el resultado de la excursión, se encogió de hombros de manera marcadamente francesa. —Ya les dije que sería un fracaso. Por más que supliqué a Louisa para que les pusiese una botella del excelente «Montrachet» que le envié poco antes de la guerra, no quiso hacerme caso. Lo único que llevaron fue un termo con café caliente. ¿Qué se podía esperar? Por lo que colegí, estaban Elliott y Louisa sentados en el cuarto de estar cuando oyeron llegar el coche, y a Isabel que entraba en la casa. Acababa de oscurecer y estaban ya corridas las cortinas. Elliott, cómodamente arrellanado en un butacón junto al fuego, estaba leyendo una novela, y su hermana bordaba un tapiz para la chimenea. No entró Isabel en el cuarto, sino que subió directamente a su alcoba. Elliott miró a su hermana por encima de las gafas. —Supongo que habrá ido a quitarse el sombrero. Ahora bajará —dijo Louisa. Pero Isabel no bajó. Pasaron varios minutos. —Puede que esté cansada y que se haya echado un rato. —¿No te hubiera parecido natural que Larry hubiese entrado? —No me exasperes, Elliott. —Allá tú. No es cosa mía. Volvió a enfrascarse en su libro. Mrs. Bradley continuó trabajando. Pero al cabo de media hora se levantó súbitamente. —Voy a subir, no sea que le pase algo. Si está descansando, la dejaré. Salió del cuarto, pero volvió a bajar al poco rato. —Ha estado llorando. Larry se va a París. Estará allí dos años, y ella ha prometido esperarle. —¿Para qué quiere ir a París? —No me preguntes, porque es inútil. No lo sé. Isabel no ha querido decirme nada, sino que lo comprende, y que no quiere ser un estorbo para Larry. Le he dicho que si está dispuesto a dejarla durante dos años no debe de andar muy enamorado; pero me ha contestado que eso no lo puede remediar, y que lo único que le importa es que ella sí está enamorada de él. Entonces le he preguntado que si le sigue queriendo después de lo que ha pasado hoy, y ¿sabes lo que me ha dicho? Que lo que ha pasado hoy la mueve a quererle más que nunca, y que está segura de que Larry la quiere de verdad. Elliott reflexionó unos momentos. —¿Y cuando pasen los dos años? —Ya te he dicho que no lo sé. —¿No te parece esto muy poco satisfactorio? —Poquísimo. —El único consuelo es que los dos son unos chiquillos, y no les hará daño esperar un par de años. En dos años pueden ocurrir muchas cosas. Acordaron que lo mejor sería dejar a Isabel en paz. Aquella noche cenaban fuera de casa. —No quiero disgustarla —dijo Mrs. Bradley—. La gente empezaría a preguntarse cosas si la ve con los ojos hinchados. Mas al día siguiente, estando en familia, Mrs. Bradley volvió a sacar la conversación durante la comida. Sin embargo, fue muy poco lo que logró que dijera Isabel. —Te aseguro que ya te he dicho todo lo que hay, mamá. —Pero ¿qué va a hacer en París? Isabel sonrió, pues comprendió lo absurda que su madre juzgaría la respuesta. —Holgazanear. —¿Holgazanear? ¿Me quieres explicar...? —Eso es lo que él me dijo. —La verdad es que vas a acabar con mi paciencia. Si fueras como es debido, le hubieras despachado definitivamente en aquel mismo momento. ¿No ves que está jugando contigo? Isabel se miró el anillo que llevaba en la mano izquierda. —¿Y qué quieres que le haga? Le quiero. Entonces fue cuando Elliott tomó parte en la conversación, empleando su conocido tacto. —No hablé como tío suyo, sino como un hombre de mundo que habla con una muchacha sin experiencia —me dijo Elliott. Pero no logró mayor éxito que su hermana. Por lo que me dijo saqué la impresión de que Isabel le había dicho, con cortesía, pero también con gran claridad, que se metiera en lo que le importara. Todo esto me lo contó Elliott el mismo día en que ocurrió, en mi salita de Blackstone. —Louisa tiene razón —añadió—. Todo ello es muy poco satisfactorio, pero ésas son las dificultades que surgen cuando quienes conciertan un matrimonio son dos chiquillos, que no piensan más que en la mutua atracción. Le he dicho a Louisa que no se preocupe, pues te diré que creo que las cosas no saldrán tan mal después de todo. Con Larry ausente, y Gray Maturin aquí... si sé algo acerca del corazón humano, el resultado me parece bastante evidente. Cuando se tienen dieciocho años, las emociones son violentas, pero poco duraderas. —Estás lleno de sabiduría mundana, Elliott —le dije sonriendo. —No en vano he leído a La Rochefoucauld. Ya sabes lo que es Chicago; se estarán viendo continuamente. A las muchachas les halaga ver a un hombre tan enamorado, sobre todo cuando saben que no hay ni una de sus amigas que no se casara con él sin dudarlo. ¿Y tú crees que es humano resistir el placer de derrotar a todas las rivales? Es como cuando vamos a una fiesta en la que sabemos que nos vamos a aburrir hasta la locura, en la que sabemos que lo único que nos darán será limonada y galletas; y vamos porque nos consta que todos nuestros mejores amigos darían un año de vida por ir y no han sido invitados. —¿Cuándo se va Larry? —No lo sé. Creo que aún no está decidida la fecha. Elliott sacó del bolsillo una pitillera, larga y fina, de oro y platino, y cogió un cigarrillo egipcio. Estaba por encima de los «Fátima», los «Chesterfield», los

«Came», o los «Lucky Strikes». Me miró con una sonrisa insinuante. —Claro que no voy a decírselo a Louisa, pero no puedo remediar el sentir cierta oculta simpatía por el chico. Creo que estuvo unos días en París durante la guerra, y no puedo condenarle si se sintió cautivado por la única ciudad del mundo en la que puede vivir a gusto un hombre civilizado. El chico es joven, y no me extraña que quiera echar una cana al aire antes de sentar cabeza y entregarse a la vida apacible del matrimonio. Es natural, y comprensible. Yo le vigilaré. Le presentaré a la gente que debe conocer; está bien educado, y en cuanto yo le haga un par de observaciones, será bastante presentable. Y puedo garantizarte que verá un aspecto de la vida francesa que muy pocos americanos tienen oportunidad de conocer. Créeme: le es más fácil al americano corriente entrar en el Reino de los Cielos que en el Boulevard St. Germain. Tiene veinte años y es simpático. Probablemente, podré buscarle una liaison con una mujer algo más madura. Le vendría muy bien para formarse. No hay mejor educación para un muchacho que ser el amante de una mujer de cierta edad, y si es una mujer como la que yo me imagino, una *jemme du monde*, le situaría inmediatamente en la sociedad de París. — ¿Le has dicho esto a tu hermana? —le pregunté sonriendo. Elliott rió silenciosamente. —Si estoy orgulloso de algo, mi querido Maugham, es de mi tacto. No se lo he dicho. La pobrecilla no lo entendería. Es una de las cosas que jamás he podido comprender acerca de Louisa: aunque ha pasado la mitad de su vida entre diplomáticos, rodando por las capitales del mundo, ha continuado siendo siempre terriblemente americana. 9. Aquella noche fui a cenar a una inmensa casa de piedra, en Lake Shore Drive, que le hacía pensar a uno que el arquitecto había comenzado a construir un castillo medieval, para cambiar luego súbitamente de intención a mitad de la obra y decidir convertirla en un chalet suizo. Se trataba de una cena con gran número de invitados, y hube de alegrarme cuando al entrar en el vasto y suntuoso salón, todo estatuas, palmeras, candelabros, cuadros dignos de un museo y mobiliario excesivamente muelle y lujoso, descubrí a varios conocidos. Henry Maturin me presentó a su mujer, flaca, pintada y frágil. Saludé a Mrs. Bradley y a Isabel. Isabel estaba encantadora, con un traje de seda roja que realzaba su oscuro pelo y sus ojos color avellanado. Parecía hallarse muy animada, y nadie habría podido adivinar que acababa de sufrir un grave disgusto. Estaba hablando muy alegremente con dos o tres muchachos, uno de ellos Gray, que la rodeaban. Se sentó durante la cena a una mesa distinta de la mía, y no pude observarla; pero más tarde, cuando los hombres volvimos al salón, después de una interminable sobremesa dedicada al café, los licores y los puros, tuve ocasión de hablar con ella. La conocía demasiado superficialmente para decirle abiertamente nada de lo que Elliott me había dicho, pero pensé que le gustaría oírme algo referente a Larry. —El otro día vi a tu novio en el club —dije sin dar importancia a la cosa. — ¡Ah! ¿Sí? Habló con tanta naturalidad como yo, pero pude advertir que se colocó inmediatamente en guardia. Su mirada se hizo vigilante, y me pareció percibir en ella una sombra de temor. —Estaba leyendo en la biblioteca, y me impresionó su capacidad de concentración. Le encontré leyendo cuando entré, poco después de las diez; seguía leyendo cuando volví luego de comer; y leyendo estaba cuando pasé por allí antes de cenar. Creo que no se movió de su butaca durante casi diez horas. — ¿Qué leía? —Los Principios de psicología, de William James. Bajó los ojos, y no pude saber el efecto que mis palabras le hicieron, pero saqué la impresión de que estaba extrañada y al mismo tiempo aliviada. En aquel momento, el dueño de la casa se acercó a buscarme para jugar al bridge, y cuando acabó la partida Isabel y su madre ya se habían ido. 10. Un par de días más tarde, fui a despedirme de Mrs. Bradley y de Elliott. Los encontré tomando el té. Isabel entró a poco de llegar yo. Hablamos de mi próximo viaje, les di las gracias por sus amabilidades durante mi estancia en Chicago, y cuando transcurrió el tiempo que juzgué discreto, me levanté para irme. —Te voy a acompañar hasta la droguería. Acabo de acordarme que tengo que comprar unas cosas —me dijo Isabel. Las últimas palabras que su madre me dijo fueron: —No se olvide dar muy cariñosos recuerdos a la reina Margarita la próxima vez que la vea. Ya hacía tiempo que había desistido de negar mi conocimiento con la augusta señora, y respondí, con notoria ligereza, que no dejaría de cumplir el encargo. Cuando salimos a la calle, Isabel me miró, sonriéndome. — ¿Crees que podrías tomarte un batido de mantecado con soda? —me preguntó. —Puedo probar —respondí prudentemente. Isabel no volvió a hablar hasta que llegamos al bar del establecimiento, y yo, como no tuviera nada que decir, fui en silencio. Entramos y nos sentamos a una mesa, en sillas que tenían los respaldos y las patas de alambres retorcidos. Eran sumamente incómodas. Pedí dos batidos de mantecado con soda. En los mostradores se veían algunos clientes haciendo compras, y en las mesas hasta dos o tres parejas; pero estaban profundamente interesadas en sus propios asuntos y, prácticamente, pudiera decirse que nos encontrábamos solos. Encendí un cigarrillo, mientras Isabel chupaba a través de una larga paja, con apariencia de que su ocupación le producía gran disgusto. Pero me dio la impresión de estar nerviosa. —Quería hablarte —me dijo de pronto. —Algo así supuse —repliqué sonriendo. Se quedó mirándome pensativa unos instantes. — ¿Por qué me contaste lo de Larry la otra noche en casa de los Satterthwaites? —Creí que te interesaría. Se me ocurrió pensar que quizá no supieras exactamente la idea que tiene Larry de lo que es holgazanear. —Tío Elliott es un chismoso terrible. En cuanto dijo que iba al Blackstone para charlar un rato contigo,

no me cupo ninguna duda de que te lo contaría todo. —Es que hace ya muchos años que nos conocemos, hazte cargo. Y lo pasa divinamente discutiendo de los asuntos ajenos. —Ya lo sé —dijo sonriendo. Pero fue solamente un fugaz destello. Luego me miró con expresión grave—. ¿Qué te parece Larry? —No lo he visto más que tres veces. Parece un excelente muchacho. —¿Nada más? Me lo preguntó con un acento que tenía algo de angustia. —No, no del todo. Me resulta difícil juzgarle; compréndelo; apenas le conozco. Desde luego, es simpático. Su modestia, su amabilidad, su bondad resultan cautivadoras. Y, para ser tan joven, tiene una gran seguridad en sí mismo. No se parece a ninguno de los muchachos que he conocido aquí. Mientras iba procurando expresar a tropezones una impresión que no estaba demasiado clara ni dentro de mi cabeza, Isabel me miraba fijamente. Así que terminé, dejó escapar un tenue suspiro, tras lo cual me dedicó una sonrisa tan encantadora como picaresca. —Tío Elliott dice que algunas veces le sorprenden tus poderes de observación. Y añade que son pocas las cosas que se te escapan, pero que tu mayor mérito como escritor es tu gran sentido común. —Otras dotes me parecerían más útiles —contesté algo amargamente—, como, por ejemplo, el talento. —No tengo con quien hablar de este asunto. Mamá no ve las cosas más que desde su punto de vista. Quiere ver asegurado mi porvenir. —Lo cual es lógico, ¿no? —Y tío Elliott no puede pensar en ello más que desde el punto de vista social. Mis amigos, quiero decir los de mi edad, todos tienen a Larry por una calamidad. Y me duele mucho. —Naturalmente. —No es que no estén simpáticos con él. No hay quien no lo esté con Larry. Pero le toman un poco a broma. Siempre se están metiendo con él, y les saca de quicio ver que, al parecer, le tiene completamente sin cuidado. No hace más que reírse. ¿Sabes cómo están ahora las cosas? —No sé más que lo que me ha dicho tu tío. —¿Me dejas que te cuente lo que pasó el día que fuimos a Marvin? —Claro que sí. He reconstruido la narración de Isabel a base de lo que me acuerdo que me dijo, pero ayudado por mi imaginación. La conversación que sostuvo con Larry fue larga, y no me cabe duda de que se dijeron muchas más cosas de las que es mi intención reproducir aquí. Sospecho que, como suele ocurrir en semejantes ocasiones, no solamente se dijeron muchas cosas que no tenían relación con lo discutido, sino que incurrieron en numerosas repeticiones. Cuando Isabel se despertó, al ver que hacía un tiempo magnífico, llamó a Larry por teléfono y le dijo que su madre quería que fuera a Marvin para hacer unas cosas, y que si podría él llevarla en coche. Tuvo la precaución de añadir al termo con café que su madre había dicho a Eugene que pusiera en la cesta, otro que contenía unos «Martinis». El dos plazas abierto de Larry era una reciente adquisición, de la que el muchacho estaba muy complacido. Larry solía conducir de prisa, y la velocidad tuvo el efecto de alegrar a ambos. Así que llegaron, Isabel estuvo midiendo las ventanas que iban a ser provistas de cortinas nuevas, mientras Larry anotaba las cifras que ella le dictaba. Cuando terminaron, dispusieron la comida en la terraza que delante de la casa había. Estaba protegida del viento y temblaba por un amable sol de veranillo. La casa, junto a una carretera sin asfaltar, carecería de la elegancia usual en las antiguas casas de madera de Nueva Inglaterra, y lo más que en su favor puede decirse es que era amplia y cómoda, pero desde la terraza se disfrutaba de una vista agradable del gran granero rojo con tejado negro y de un grupo de nobles árboles, allende los cuales se extendían pardos campos hasta perderse de vista. Era monótona la campiña, pero alegrada por el sol y teñida por los cálidos colores del otoño, aquel día presentaba un aspecto de íntima belleza. Los vastos y abiertos espacios que desde allí contemplaban, alegraban el ánimo; frío, desabrido y hosco resultaría en invierno; seco, cocido por el sol, oprimente, durante la canícula; mas en aquel día presentaba el lugar un aspecto alegre y excitante, y dijérase que la vastedad de terreno que desde allí se contemplaba era un acicate que empujaba a la aventura. Gozaron de la comida como cualquier pareja de muchachos saludables gustosos de estar disfrutando de la mutua compañía. Sirvió Isabel el café y encendió Larry su pipa. —Ahora ya puedes empezar —dijo él con una sonrisa de buen humor. Desconcertada Isabel, preguntó, con la expresión más inocente de que fue capaz: —¿Empezar a qué? Larry se echó a reír. —¿Crees que soy completamente tonto, mujer? Me apuesto cualquier cosa a que tu madre sabe perfectamente las medidas de esas ventanas. No ha sido solamente ésa la razón de que me hayas traído aquí. Isabel logró recobrar su confianza, y le sonrió encantadoramente. —Pudiera ser que haya pensado yo que sería agradable pasar un día juntos, sin nadie que nos estorbe. —Pudiera ser, pero no creo que haya sido. Más bien diría yo que tío Elliott te ha dicho que he rechazado la oferta de Maturin. Hablaba en tono alegre y ligero, e Isabel juzgó conveniente hacer otro tanto. —Gray se habrá llevado una desilusión. Estaba encantado con la idea de tenerte en la oficina. Antes o después, tendrás que empezar a trabajar, y cuanto más tiempo lo dejes se te hará más duro. Dio él unas chupadas a su pipa y miró a Isabel sin dejar de sonreír, pero con tan gran ternura, que no pudo ella decir si estaba serio o no. —¿Sabes una cosa? Tengo la idea de que me gustaría hacer en esta vida algo más interesante que vender acciones. —Muy bien; entonces, entra en un bufete o estudia Medicina. —No; tampoco me apetece eso. —¿Qué quieres hacer, entonces? —Holgazanear —respondió tranquilamente. —Vamos, Larry; no tomes esto en broma, que es terriblemente serio. Le tembló la voz, y se le llenaron de lágrimas los ojos. —No llores, Isabel. No quiero que sufras. Se levantó, y volviéndose a sentar junto a ella le rodeó la cintura con un brazo. El tierno

acento de su voz acabó con la entereza de Isabel, quien ya no pudo contener más tiempo las lágrimas. Pero logró enjugarlas y forzó a su boca a dibujar una sonrisa. —Está muy bien eso de que no quieres hacerme sufrir. Pero me estás haciendo sufrir. Porque te quiero. —También yo te quiero a ti, Isabel. Suspiró ella hondamente. Se libró luego del brazo que la rodeaba y se apartó de él. —Vamos a ser sensatos, Larry. Los hombres tienen que trabajar. Aunque no sea más que por respeto a sí mismos. Este es un país joven, y todos sus hombres tienen la obligación de participar en sus actividades. El otro día oí a Henry Maturin que está comenzando una época que nos va a hacer considerar todo lo conseguido hasta la fecha como sin importancia. Dijo que no veía límites a nuestro progreso y que está convencido de que para 1930 seremos la nación más rica y grande del mundo. ¿No te parece emocionante? —Sí, mucho. —Nunca ha tenido tales oportunidades la gente joven. Y no te hubiera yo creído demasiado orgulloso para tomar parte en el trabajo que tenemos que llevar a cabo. Es una aventura admirable. Larry rió con buen humor. —Supongo que tienes razón. Los Armour y los Swift aumentarán y mejorarán sus conservas de carne; los McCormick construirán mejores segadoras que nunca; y Henry Ford fabricará más y mejores automóviles. Y todo el mundo será más rico que en cualquier época pasada. —¿Y por qué no? —Exactamente: ¿por qué no? Pero da la casualidad que el dinero no me interesa. Isabel rió. —Vamos Larry, no digas bobadas. No se puede vivir sin dinero. —Yo tengo algo. Esto es lo que me permite hacer lo que quiero. —¿Holgazanear? —Sí —respondió sonriendo. —Me lo estás haciendo muy difícil, Larry —suspiró ella. —Lo siento. No lo haría, si me fuera posible evitarlo. —Pero es que sí lo puedes evitar. Larry sacudió la cabeza. Permaneció en silencio un rato, perdido en sus pensamientos. Cuando por fin habló, fue para decir algo que sorprendió a Isabel. —¿Tienen un aspecto tan terriblemente muerto los muertos cuando están muertos! —¿Qué quieres decir? —preguntó ella preocupada. —Lo que he dicho —replicó con una sonrisa melancólica—. Cuando se encuentra uno volando allá arriba, completamente solo, se tiene mucho tiempo para pensar. Y se le ocurren a uno cosas extrañas. —¿Qué clase de cosas? —Cosas vagas —dijo sin cesar de sonreír—, incoherentes, confusas. Isabel pensó acerca de esto durante algún tiempo. —¿Y no crees que si te pusieras a trabajar se aclararían esas ideas y sabrías concretamente lo que te ocurre? —Ya he pensado en eso. Se me ha ocurrido que quizá trabajando con un carpintero, o en un garaje... —¡Pero, Larry, la gente creería que te habías vuelto loco! —¿Importaría eso? —A mí, sí. Sobrevino otro silencio. Fue ella quien lo rompió. Suspiró. —Has cambiado mucho desde que te fuiste a Francia. —No es de extrañar. Allí me pasaron muchas cosas. —Por ejemplo... —Pues... cosas corrientes. Mi mejor amigo entre mis compañeros perdió la vida tratando de salvar la mía. No me resultó sencillo acostumbrarme a la idea. —Cuéntamelo, Larry. La miró. Sus ojos reflejaban evidente angustia. —Prefiero no hablar de ello. Después de todo, no fue más que un accidente sin importancia. Fácil de conmover por naturaleza, Isabel sintió que de nuevo se le llenaban de lágrimas los ojos. —¿Eres desgraciado, Larry? —No —respondió él sonriendo—. Lo único que me hace desgraciado es ocasionarte tristeza. La tomó de la mano, y fue de tan confortador efecto para Isabel sentir la suya en la de él, segura y firme y amante, y le observó en el gesto algo tan profundamente tierno, que hubo de morderse los labios para no volver a llorar. —Creo —dijo Larry gravemente— que no alcanzaré la paz hasta haber formado una opinión concreta acerca de las cosas. —Vaciló—. Es difícil expresarlo con palabras. En cuanto procuro hacerlo, siento algo así como vergüenza. Y me digo: ¿quién soy yo para quebrarme la cabeza acerca de esto, y lo otro, y lo de más allá? Quizá no sea más que un pedante y un necio. ¿No me valdría más tomar por el camino trillado, y no preocuparme de lo que me pueda ocurrir? Pero luego me acuerdo de un muchacho que una hora antes estuvo lleno de vida y de alegría, y una hora después estaba muerto; y me parece todo ello terriblemente cruel, y carente de sentido. Es difícil no preguntar cuál es el significado de la vida y si tiene sentido, o si todo ello no es más que un trágico error de una fatalidad ciega. Era imposible no sentirse emocionado cuando Larry, con aquella su voz de prodigiosa armonía, hablaba vacilando, como si estuviera obligándose a decir cosas que preferiría callar; pero denotaban sus frases tanta angustiada sinceridad, que no se atrevió Isabel a hablar hasta pasado un rato. —¿Crees que te serviría de algo irte al extranjero una temporada? Hizo la pregunta con desfallecido ánimo. Larry tardó largo espacio de tiempo en contestar. —Creo que sí. Puede uno tratar de aceptar con indiferencia la opinión de los demás, pero no es sencillo. Cuando es hostil, despierta la propia hostilidad, y esto nos perturba. —¿Por qué no te vas entonces? —Por ti. —Vamos a ser francos el uno con el otro, Larry. Hoy día yo no significo nada para ti; no puedes perder el tiempo conmigo. —¿Quiere decir eso que deseas que terminen nuestras relaciones? Logró ella dominar el temblor de sus labios, y sonreír. —No seas bobo; quiero decir que estoy dispuesta a esperar. —Puede ser un año, pueden ser dos. —No importa. También puede ser menos. ¿Adonde quieres irte? La miró Larry fijamente, como si quisiera escudriñar sus más ocultos pensamientos. Isabel sonrió, para disimular su profunda desazón. —Pues había pensado empezar por París. Allí no conozco a nadie, y, por lo tanto, nadie me molestaría. Estuve allí varias veces con permiso, y no sé por qué se me ha metido en la cabeza que la confusión que tengo dentro se aclarará en París. Es un sitio raro, y te da la sensación de que en él se puede

pensar en las cosas hasta su final lógico sin estorbo ni dificultad. Creo que allí podré hallar el camino que tengo que seguir. — ¿Y qué pasará si no lo encuentras? Larry se rió. —Entonces echaré mano de mi sentido común americano, desistiré de mi empeño y volveré a Chicago para trabajar en lo que encuentre. La escena afectó demasiado a Isabel para que pudiera narrármela sin emoción, y cuando hubo terminado, me miró apenada. — ¿Crees que hice bien? — Creo que hiciste lo único que pudiste hacer; pero, además, yo diría que te has mostrado maravillosamente buena, generosa y comprensiva. —Le quiero, y lo que busco es que él sea feliz. Y es curioso, pero, en cierta medida, me alegro de que se vaya. Quiero que escape de este ambiente hostil, y no solamente por él, sino por mí. No me extraña que la gente diga de él que nunca llegará a ninguna parte; aunque los odio por decirlo, no puedo remediar que en lo profundo de mi corazón piense con terror algunas veces que la gente está en lo cierto. Pero no digas que soy comprensiva. No tengo ni la más remota idea de lo que anda buscando. —Quizá lo vislumbres con el corazón más que con la cabeza. ¿Por qué no te casas con él sin esperar más tiempo, y te vas con él a París? Cruzó por sus ojos la sombra de una sonrisa. —Me encantaría más que nada en el mundo. Pero no puedo. Y diré, aunque me duela, que creo de veras que se las arreglará mejor sin mí. Si el doctor Nelson está en lo cierto, y Larry está sufriendo una reacción retardada del esfuerzo nervioso hecho durante la guerra, parece probable que el cambiar de ambiente y el hallar intereses nuevos le curará; cuando se reponga, volverá a Chicago y se meterá en algún negocio, como todos. No me gustaría casarme con un haragán. Isabel había sido educada de cierta manera, y había aceptado los principios que le fueron inculcados. No pensaba en el dinero, pues jamás había conocido la experiencia de no tener lo que es necesario; pero sentía instintivamente la importancia del dinero. Da poder, influencia y categoría social. Y era lo natural y lógico que un hombre lo ganara. Ésa era la obligación de un hombre en esta vida. —No me extraña que no entiendas a Larry —le dije—, porque estoy casi seguro de que tampoco él se entiende. No es dado a explicar la naturaleza de sus planes, y acaso sea porque no los ve con mucha claridad. Claro es que yo apenas le conozco, y no hago sino adivinar; pero ¿no crees posible que ande buscando algo, sin saber exactamente lo que busca, y sin estar seguro de si existe? Quizá, háyale pasado lo que le haya pasado en la guerra, lo que sea le ha dejado dominado por un desasosiego que no le deja tranquilo. ¿No crees que pueda andar persiguiendo un ideal que está envuelto en una nube de ignorancia, como un astrónomo puede querer descubrir una estrella de cuya existencia solamente sus cálculos matemáticos le dan noticia? —Lo que yo creo es que tiene alguna preocupación. — ¿Su alma? Puede ocurrir que esté algo asustado de sí mismo. Puede ocurrir que no tenga confianza en la autenticidad de la visión que percibe vagamente con los ojos de su espíritu. —A veces me da una sensación de lo más extraña; me da la impresión de un sonámbulo que se despierta bruscamente en algún lugar conocido y no sabe en dónde se encuentra. Antes de la guerra era un chico completamente normal. Una de sus características más encantadoras era el enorme entusiasmo que sentía por la vida. Era alocado, alegre y resultaba delicioso; era delicioso y ridículo. ¿Qué puede haberle cambiado tanto? —No sabría decirlo. A veces, cualquier cosa pequeña tiene sobre uno efectos de los más desproporcionados. Yo me acuerdo de una vez que fui a misa el día de Difuntos, a una iglesia que los alemanes habían dejado algo estropeada durante su primer avance por Francia. Estaba llena de soldados y de mujeres enlutadas. En el cementerio de junto a la iglesia se veían filas de crucecitas de madera. El triste y solemne ritual se celebró entre mujeres, y aun soldados, que lloraban. Aquello me hizo pensar que los hombres que reposaban debajo de las cruces quizás hubieran tenido más suerte que nosotros, que vivíamos. Un día le conté esto a un amigo, y me preguntó qué quería decir. No pude explicárselo y comprendí que se creyó que yo estaba mal de la cabeza. Recuerdo también haber visto después de una batalla un montón de soldados franceses muertos, los unos encima de los otros. Parecían los muñecos de un teatro de títeres en quiebra, que hubieran sido arrojados de cualquier manera a un rincón polvoriento, por no servir ya para nada. En aquella ocasión pensé lo que Larry te ha dicho a ti: el aspecto terriblemente muerto que tienen los muertos. No quiero que piense el lector que estoy tratando de envolver en el misterio lo que a Larry le ocurrió durante la guerra y que de tan honda manera le afectó, para descubrir el secreto en el momento oportuno de mi narración. Creo que nunca se lo dijo a nadie. Sí habló, sin embargo, bastantes años más tarde, a una mujer, Suzanne Rouvier, que él y yo conocíamos, acerca de aquel muchacho que perdió su vida al tratar de salvar la de su amigo. Suzanne me lo contó, y yo puedo, gracias a eso, referirlo de segunda mano. Para hacerlo he tenido que traducirlo del francés en que me fue narrado. Parece ser que Larry trabó muy estrecha amistad con un muchacho de su escuadrilla. Suzanne no sabía su auténtico nombre, sino únicamente el irónico apodo con que Larry le llamada. —Era un muchacho pequeño, con el pelo rojo, e irlandés. Solíamos llamarle Patsy —dijo Larry— y tenía más vitalidad que ninguna de las personas que he conocido. ¡Qué dinamismo el suyo! Tenía una cara y una sonrisa muy cómicas, y bastaba mirarle para sentir ganas de reír. Era un loco, y solía hacer verdaderas locuras. Siempre estaba recibiendo reprimendas de sus superiores. Desconocía en absoluto lo que era el miedo, y cuando escapaba de la muerte por un pelo, se sonreía con toda la cara, como si se tratara del mejor chiste del mundo; pero también era un

magnífico aviador por instinto, y cuando volaba conservaba la serenidad y el juicio. Me enseñó mucho. Tenía algunos años más que yo y me tomó bajo su protección, lo cual era bastante ridículo, pues yo le llevaba más de quince centímetros, y si hubiera hecho falta, podría haberle dejado sin sentido de un puñetazo con bastante facilidad. Y así lo hice una vez en París, estando él borracho, cuando comprendí que se iba a buscar un disgusto serio. Cuando me presenté en la escuadrilla me encontré algo aislado y tenía miedo de fracasar, pero Patsy me obligó a tener confianza en mí mismo. Su actitud ante la guerra no era corriente. No tenía odio alguno a los alemanes, pero le gustaba pelear, y encontraba gran gusto en luchar contra ellos. Cuando derribaba a un enemigo, era completamente incapaz de considerar la cosa más que como una especie de broma pesada. Era petulante, alocado e irresponsable; pero tenía algo tan auténtico, tan verdadero, que resultaba imposible no sentirse atraído por él. Era igualmente capaz de darte su último penique y de quitarte el último que te quedara. Y si se sentía uno triste, o añoraba su casa, o tenía miedo, como a veces me ocurría a mí, al punto lo advertía, y con toda su feísima cara, arrugada en una mueca de risa, se las arreglaba para encontrar la frase adecuada que le hacía a uno recobrar la normalidad. Larry dio unas bocanadas a su pipa, y Suzanne aguardó a que continuara. —Procurábamos con astucia que nos concedieran los permisos al mismo tiempo, y cuando íbamos a París se dedicaba a hacer el loco. Una vez, a principios de marzo del dieciocho, estábamos a punto de irnos con permiso, y nos entregamos a hacer nuestros planes. Íbamos a hacerlo todo. El día antes de empezar nuestro permiso nos enviaron a un vuelo de reconocimiento de las líneas enemigas. De repente, surgieron unos aparatos alemanes, y antes de que pudiéramos enterarnos de lo que pasaba nos encontramos enredados en un combate. Uno de los alemanes vino por mí, pero yo le di primero. Miré para ver si se estrellaba, y mientras lo hacía, advertí, casi sin verlo, que otro aparato alemán venía hacia mí por detrás. Piqué para librarme del ataque, pero no conseguí despegármelo, y creí que me derribaría sin remedio. Y entonces vi a Patsy arrojarse contra él como un rayo y ametrallarle con furia. Entonces los demás alemanes se alejaron. Mi aparato estaba tocado en varios sitios, y sólo a duras penas conseguí regresar. Patsy aterrizó antes que yo. Cuando bajé de mi aparato, acababan de sacarle del suyo. Estaba echado en el suelo, esperando la llegada de la ambulancia. Me vio y me hizo una mueca. —Le di un disgusto a ese que iba por ti, ¿eh? — ¿Qué te ocurre, Patsy? — ¿A mí? ¡Nada! Un chinazo. Estaba mortalmente pálido. De repente su rostro adquirió una expresión singular. Se le acababa de ocurrir que estaba muriéndose, y la posibilidad de la muerte jamás le había cruzado por la cabeza. Antes de que pudieran impedirlo, se incorporó y soltó una carcajada. — ¡Ésta sí que es buena! —dijo. Y cayó hacia atrás, muerto. Tenía veintidós años. Iba a casarse con una muchacha irlandesa en cuanto acabase la guerra. El día después de mi conversación con Isabel salí de Chicago, camino de San Francisco, donde embarcaría para el Lejano Oriente. (*kansas 7th district*).

# Audiolibro El Filo De La Navaja W Somerset Maugham Cap Tulo I

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**